

Lia Flor del Azafrán



Vanesa Puig

LA FLOR DEL AZAFRÁN

VANESA PUIG

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *La flor del azafrán*

© *Vanesa Puig*

Edición publicada en febrero de 2017.

A las personas que luchan cada día por alcanzar sus sueños. A los que dejaron de soñar. A los que no se atreven a hacerlo.

TODO TIENE SU RAZÓN

La memoria, el corazón y la razón. Qué difícil es a veces vivir con los tres...

A la primera le voy a pegar un tiro. Un tiro certero entre ceja y ceja mirándola a la cara mientras le arranco los recuerdos. Pienso utilizar instrumentación quirúrgica y extirparle cada uno de ellos de manera minuciosa y con técnicas de cirujano. Me ensañaré para que sepa qué se siente. No habrá misericordia.

Estaremos solas ella y yo. No busco una muerte rápida ni limpia. Va a sufrir. Me suplicará clemencia y le recordaré por qué no la merece.

Acude a mi mente sin cita, sin previo aviso. Se ensaña con recuerdos que yo tanto me esmero en borrar o disfrazar con pocas verdades y muchas mentiras.

Actúa cual ladrón, con nocturnidad y armada de alevosía. Se sirve de impunidad para robarme la calma y agredir contra la parte más débil de mí... eso que llaman corazón.

Yo opto por cuidarlo y evitarle más sufrimientos, pocas veces le cuento mis cosas, porque sé que se implica demasiado y nunca sale airoso.

Desde que mi padre nos abandonó a mi madre y a mí, decidí que de mis sentimientos se ocuparía la razón, bloqueándolos, ninguneándolos, obviándolos y siempre esquivando con maestría. Una maestría forjada a base de indiferencia y apatía que adquirí con los años.

No fue fácil. Los principios fueron duros. Mi padre ni siquiera fumaba, no se fue a comprar tabaco.

Él salió decidido a olvidar los lamentos y reproches de mi madre, y para ello echó mano de una señora de pagarés en la cama. No podía haberse ido con una de lejos o una que no supiéramos de dónde había salido. No. Él quería que todo quedara cerca de casa. Así que la invitó a abandonar su sueldo convenido en el club de carretera donde trabajaba. Ese lugar adornaba con luces de neón la única vía comarcal que nos unía con la autovía y por la que teníamos que pasar, sí o sí, si queríamos ir a casa de mis abuelos, al centro comercial, al cine o a cualquier otro sitio. Esa maldita carretera nos unía con el resto de la civilización y la atravesábamos casi a diario.

Cada vez que pasábamos por ahí, sé que mi madre hacía como quien ve llover desde su ventana:

«Que caiga, que caiga... que yo no sé nada, ya pasará».

Pero no pasó. Mi padre se enamoró, o más bien se obsesionó, con la idea de ser el único que se quedara a dormir con aquella mujer. La que empezó su carrera en la esquina del bolso y llenaba sus bolsillos con billetes en una cama con precios de liquidación por pronto cierre. La que no fue lluvia de la que pasaría. La mujer que negociaba con las virtudes de su cuerpo fue un tsunami que destrozó la poca alegría que alguna vez se había atrevido a asomar por algún rincón de mi casa.

Svetlana, ese era el nombre de la ola gigantesca que arrasó con todo. Deslucía sobre sus amplios

hombros una melena rubia y larga con extensiones que escandalizarían al mismísimo Sydney Guilaroff, el peluquero de la época dorada de Hollywood y amigo de las actrices que doraron aquel distrito de Los Ángeles: Marilyn Monroe, Marlene Dietrich, Judy Garland, Greta Garbo, Bette Davis, Grace Kelly o Liz Taylor. Puedo dar y daré fe, de que este genio nunca le tocó un pelo a la obsesión desteñida de mi padre. Guilaroff murió en el año 1997 y no sabría yo cómo rendirle tributo a quien habló con las grandes. Esas sí han sido grandes. Grandiosas. Bellezas sempiternas que han vencido a la muerte disfrazadas de eternidad omnipresente.

Hoy rindo tributo a la dignidad que ofrece el silencio a gritos callados y me niego a dejar caer de mis ojos una sola lágrima. Por mucho que yo rabie de dolor, el amor de mi padre es de ella. Las mujeres como esa se han convertido en mi enemigo a abatir.

Estas señoras, ídolos de masas, siempre pasan varias veces por debajo de cualquier obra. Pasan una vez, pasan otra vez. Pasan y se dejan piropear con las palabras que vocean entre mondadientes y bocadillos de calamares en su tinta, los bautizados a sí mismos, entre pilas de cemento y hormigón como los obreros del amor. Les gusta. Les gusta y se nota. Y son estas, las que se embuten en vestidos que las hacen parecer envasadas al vacío, las que se sienten hechas para que el mundo las disfrute y piensan que sería de egoístas no enseñar sus voluptuosas y poco discretas curvas. Entrañable todo. Y luego no se permite la venta de alcohol a menores de dieciocho años. Esta cortina de humo está bien, pero también habría que legislar sobre los posibles traumas y secuelas que en la adolescencia pueden dejar semejantes estampas que nos brindan las maravillosas y pintorescas señoras envasadas al vacío. Mira en tu portal, seguro que tienes una. Soy Alicia. Alicia Maldonado Milán.

MIS AMIGAS

Alicia está en el sofá de casa viendo un programa de televisión de esos que pagan a gente para que cuente sus cosas personales en modo desenfadado o de manera trágica, depende del día y de la cotización en el IBEX-35. Hoy han llevado a una mujer que años atrás conquistó el Olimpo de los cielos todopoderosos de la mano de rancios gobernantes que disimulan sus grises y debilitados bigotes con tintes de farmacias sin parabenos. La entrevista es sutil y preciosa, la primera media hora la SGAE ha pedido los derechos de autor de la palabra coito y durante los veinte minutos siguientes, la productora de contenidos audiovisuales que respalda todo el show ha iniciado su salida a bolsa.

Suena el timbre. Son Lucía y María. Las mejores amigas de Alicia desde el colegio. Hoy en día siguen siendo compañeras, no de pupitre, ahora de vida.

María sale desde hace seis años con Daniel. Daniel es un pesado. Enamorado de sí mismo. Qué mal gusto tiene el pobre. Le gusta la música clásica y quedarse en casa escribiendo partituras que ni él mismo sabe interpretar, pero qué amor se tiene... es tan egocéntrico y vanidoso que siempre que me viene a la cabeza lo imagino mirándose en el espejo y repitiendo aquello de:

«*¿Es a mí, me hablas a mí*»? mientras pone caras y el pobre espejo las sufre.

—¡Dame un vaso de algo que me deshidrato viva! ¡Cuánto odio que vivas en un quinto sin ascensor! Si yo no sé para qué vengo a verte. ¡Malditos vecinos tuyos, rácanos, tacaños...! ¿Pero qué os cuesta poner un ascensor y evitar muertes gratuitas? Cada vez que vengo a verte me quitas tres años de vida — exclama María, entre los ahogos propios de la falta de respiración que provoca subir los cinco pisos valiéndose solo de las extremidades inferiores, esas que nuestros antepasados usaban para andar y hoy ya solo sirven para estirarlas cinco minutos porque te fumas encima.

Lucía, en cambio, está como una rosa. Se le notan las horas que pasa en el gimnasio y su pasión por el deporte. Alicia y María creen que se está viendo con alguien, pero ni confirma ni desmiente. Tampoco lo presenta pese a que ellas insisten de forma directa y cada vez son más pesadas. Siendo el caso conocido de que pueden llegar a ser muy pesadas. Saben que hace poco quedó con un antiguo compañero de clase, Jorge se llama. Pero hasta ahí llegan sus datos. Según ella quedaron, pero no pasó nada «sin comentarios» les dijo y eso es lo que más les preocupa.

Ellas, dada su falta de información miran el muro de Facebook de Jorge a todas horas para ver si pone algo, pero nada tampoco. Cuánto misterio y cuánta tontería. Pues no hay manera. No suelta prenda. ¿La soltaría cuando quedó con ese? Quién sabe... Ellas nos mantendrán informados del estado de ambos por si hubiera algún cambio en el muro de alguno de los dos.

Esta acepción de muro, aunque frívola y banal, la prefiero como paradigma de lo que puede ser un muro para las nuevas generaciones. Que una parte de nuestro pasado solo sirva para aprender de sus errores y no volver a caer en los mismos. Que los únicos muros que se levanten sean los que se derriban con palabras.

EL ESCOTE TRAE CLIENTELA

Este imbécil podría dejar de mirarme el escote y parar de darme conversación. A estas horas se ponen muy pesados. Poca gente, a no ser que se haya visto en estas, sabe lo duro que es poner copas, aguantar a señores distraídos de lo suyo y atraídos por lo que no es suyo. Algunas novias celosas porque hace años, justo los mismos que llevan al lado de su pareja, su autoestima decidió hacer las maletas... Por aquí veo de todo.

Yo solo quiero terminar mi jornada, que sea ya la hora de hacer que cuadre la caja e irme a casa. Sola. Me gustaría llevar un letrero luminoso como el del club de carretera comarcal que veían mis párvulos ojos a diario en mi infinita infancia, donde se pudiera leer:

«Soy camarera, amigo mío, pero ni tú eres mi amigo ni yo soy tu camarera».

Parece que vaya implícito en nuestro sueldo, y me perdone el mundo, sobre todo el mundo masculino, de eso nada. Por lo menos en el lugar donde trabajo desde hace dos interminables años para así poder pagarme la carrera de Periodismo y el piso que comparto con otros dos estudiantes.

Me molesta mucho que las cosas sean así y que siempre vayan a ser así, porque como dice el imbécil de mi encargado: el escote trae clientela. Jódete, lo que hay que aguantar.

La primera vez que lo vi, mi mente hizo un viaje en el tiempo y se retrotrajo al Paleolítico. Por etimología significa piedra antigua, y sí, menuda pedrada tiene, no importa que la piedra sea antigua o nueva, lo suyo es darle y si ya de paso le acertase en toda la boca: ¡Premio! Sería precioso dejarlo mudo o al menos calladito de boca para ver si así se humaniza un poco.

No he conocido nunca un ser tan grosero, machista, salido, retrasado y gilipollas. Manuel. Así se llama mi encargado. Manuel firma a los proveedores y recibe a las estrellas del séptimo Arte y gente de moda que nos visita. Manolo le tira los trastos a todo lo que respira. Un orangután recién aterrizado de la Edad de Piedra que cree que este lugar es una cueva y el puesto su garrote... El imbécil por definición al que tengo que aguantar un tiempo que espero sea el menor posible. Para poder conseguirlo estudio sabiendo que me va la vida en ello.

Hago malabares psicológicos para no volverme loca y un día cruzarle la cara como bien merecido lo tiene. Aguanto, me controlo, respiro y continúo mis días con un objetivo claro: aprobar todas y cada una de las asignaturas de Periodismo y largarme de aquí con viento fresco y a la mayor brevedad.

Ya llevo dos años aguantados y sufridos, así que me restan otros dos que podría dejar en algo menos si continúan yéndome las cosas tan bien por la Universidad. Mis notas no se resienten, al contrario, saco fuerzas no sé de dónde, quizá de rabia y visualizo mi objetivo que es graduarme y perder de vista al orangután.

A las ocho llegan los camiones de reparto de nuestros proveedores de elixires étlicos y, ¿a quién le tocará apilar las cajas en el almacén, al orangután...? No creo ese nunca está aquí cuando toca trabajar. Él prefiere dejarse ver a partir de las dos cuando ya puede ser que se encuentre con alguna mujer ebria y en estado pseudo catatónico incapaz de distinguir una cebrá de un puerco espín... Ahí es donde entra mi jefe a matar. Pobres incautas alcoholizadas, ¿qué sentirán a la mañana siguiente...? solo pensarlo me provoca escalofríos y ganas de devolver. Moraleja: si vas a beber controla primero qué clase de tipejos se te pueden acercar y hazte acompañar por una buena amiga que filtre sobria y recicle con dotes de mando. El cartón al contenedor del cartón y los desechos orgánicos al de la basura de toda la vida, el cubo que peor huele y en el que todo cabe.

Me cabrea que las cosas tengan que ser así. Me gustaría que algún día las mujeres fueran tratadas con el respeto que cada una se merezca, pero no por ser mujeres, sino por ser personas, y que si en algún momento perdiésemos los papeles nuestra única reprimenda fuera: ¡Qué cabrón! Y encima de todo quedásemos como semidioses a los que imitar. Todo ello sin necesidad de llevar ridículas mallas ni antifaces absurdos de súper héroes desfasados.

El mundo de los hombres es, con diferencia, más sencillo de soportar. Ellos con un par de tetas da igual que sean reales, virtuales o de goma y unos joysticks pasan la tarde. Su propio joystick o el de un amigo, eso sí, sin mariconadas.

Bien sabe Dios que si vuelvo a nacer me quedo de nuevo siendo mujer. Algún día se extinguirán los orangutanes por ley natural... ¿no podrá la Naturaleza acabar con ellos, si acabó con los pobres dinosaurios? y se cargó incluso a esos tan graciosos que tenían los brazos muy cortitos. Cuando me refiero a Manolo como «el orangután» no quisiera que los primates peludos y grandes se sintieran molestos con mi comparación. Esos animalitos son solo animales, sí, desprovistos de depilación y algo faltos de higiene y desparasitación, pero animalitos al fin y al cabo, no como Manolo Cortés, bestia inmunda y buen ejemplo de que la evolución de la especie se está quedando en un mal chiste.

Pensando en lo terrible de este mal ejemplar de humano me voy dando cuenta de que mañana madrugo. Me quedan solo tres horas de sueño y un día muy largo que está a punto de empezar.

Mañana es sábado y llega el nuevo dueño del local. Un joven francés que acaba de heredar la fortuna de su padre. Se espera su llegada a las once de la mañana. Nadie lo ha visto antes por aquí. Tengo entendido que es la primera vez que visitará los negocios que ha heredado en España.

Viene con una pija francesa heredera también. Esta recibirá un legado que la revista Forbes sitúa entre las cincuenta mayores fortunas del mundo.

La última portada de la revista HELLO anunciaba su compromiso en un reportaje que ocupaba trece de sus páginas interiores con fotografías muy cuidadas y una entrevista concedida por los flamantes novios desde la Riviera Maya. Dios los crea y ellos juntan sus fortunas. Dicen que el dinero no da la felicidad. No la da, pero la devuelve.

Bea, la administradora de El Mosa, el viernes nos estuvo contando, a raíz de la inminente visita del joven dueño parisino que este local no representa ni el seis por ciento del total del patrimonio que el francés acaba de heredar tras el fallecimiento de su padre, el señor Frédéric Dumont.

Dumont padre, sí era un rostro conocido para todos los trabajadores de El Mosa. Un hombre alegre y vital que sabía disfrutar y divertirse, un juerguista de noche y una de las mentes más brillantes para los negocios de día.

Hacía casi dos años que no se dejaba ver por aquí. Una larga enfermedad lo mantuvo encamado los últimos meses de su vida.

El pasado mes de mayo amanecimos con la mala noticia que venía recogida en casi la totalidad de periódicos del mundo: «*Muere Frédéric Dumont, uno de los empresarios más ricos de Europa y más importante exportador de vino francés*».

El Mosa es de propiedad francesa y de gustos refinados. Todo en este edificio rebosa elegancia y estilo. Desde las copas de cristal de Baccarat en que servimos el champán perfectamente enfriado en cámaras frigoríficas de última tecnología hasta las sillas hechas de fibra de vidrio modelada y cubiertas de cuero.

La alta inversión hecha en lo que hace años albergaba uno de los primeros cines de la ciudad se nota en cada uno de sus detalles.

Los fines de semana son un caos por las largas colas de gente que se agolpa a las puertas del local, enfiladas en la acera de la misma calle y varias manzanas más que acogen también el bullicio formado. Sólo algunos privilegiados consiguen pasar sin esperas, los VIP. Así se les llama y trata a futbolistas, cantantes, actores, modelos, empresarios de la noche, aspirantes a famosos y algunos más que se presentan como amigos de los mencionados y forman la mayoría de nuestra fiel clientela.

Todos desprenden ese olor a superioridad y superficialidad que los convierte en inconfundibles.

Visten ropa de última tendencia y bastante vistosa suele ser el tamaño de su etiqueta. Pasar desapercibido aquí estaba prohibido. Tampoco está permitido para la mayoría de los mortales financiarse una noche en este lugar que sirve las veces de restaurante, de cafetería, de discoteca y de punto de encuentro para una determinada parte de la sociedad, de la alta sociedad. Algunos son bajitos, pero altos, de cartera son altos. Altos y altas.

El edificio tiene tres alturas a lo que se añade el sótano convertido en parking con amplias plazas de aparcamiento. Disponemos de servicios de aparcacoches para que la única preocupación de nuestros clientes sea pasar un rato divertido. Me sigue resultando curioso ver la manera en que alguno deja las llaves de su codiciado automóvil como si se tratara de uno de sus hijos, y este todavía estuviera en etapa lactante. También Manolo hace uso de esa parte de las instalaciones para dejar su coche, su maravilloso Ford Mustang cabrio que tiene casi mi misma edad. Él oculta la marca del automóvil como si se avergonzara, creará que es más fácil ligar enseñando con dudoso gusto a las incautas a las que se acerca y no huyen, un llavero de Porsche. Mi encargado recibe un muy buen sueldo a final de mes, pero tiene demasiados vicios y muchas deudas.

Todo es mentira en Manolo, alguna vez he querido ver su DNI para comprobar si por lo menos se llama así.

Los privilegiados tienen acceso directo desde el ascensor que hay en el sótano hasta la zona reservada para ellos. Tenemos claras indicaciones de proporcionarles la máxima discreción y confort, invitarlos a una copa de Moët Chandon y estar pendientes de ellos con total dedicación.

Odio esa parte de mi trabajo, odio las desigualdades desde que abrí los ojos creo, y prefiero estar apilando cajas o haciendo inventario en el almacén antes que sentirme una mierda a la que muchas veces llaman: «oye nena». Cuando escucho esa palabra siento ganas de descorcharles el champán directamente en un ojo... Puede que algún día lo haga.

Unas enormes columnas blancas sostienen la gran y espectacular entrada. En la primera planta está el bar y cafetería decorado de modo minimalista donde predominan los tonos claros, sobre todo el blanco. En la segunda planta está el espectacular y reconocido restaurante que dirige de manera muy eficiente y provechosa el chef mallorquín Ricardo Ferrer.

La tercera planta es una terraza *chill out*. Unos toldos de tela en color blanco sirven para cubrir sofás y puffs de rattán natural con cojines en beige rodeados por muchas cortinas. Dan intimidad al espacio y aportan un toque ligero y desenfadado a un ambiente de relajación.

La barra del bar se ilumina con tecnología led y queda en medio de todo formando una isla. La isla que de manera magistral y artística regenta Brown, un surfista convertido por un accidente casual en uno de los bármanes más codiciados del sector hostelero. El arte de Brown para hacer sus cócteles es un reclamo para muchos de nuestros clientes venidos desde cualquier parte del país o de Europa. De él debió aprender Tom Cruise para interpretar a *Brian Flanagan* en *Cocktail*.

Mañana hay que engalanar el local y dejarlo todo perfecto para que la francesa pasee sus Manolo

Blahnik por el suelo que mis compañeras llevan una semana fregando y puliendo con motivo de la llegada de Sus Excelencias.

En realidad me divierte todo esto de poder ver en persona a esos dos pijos, sobre todo al heredero.

LA LLEGADA DE SUS MAJESTADES DE OCCIDENTE

Necesito café, mucho café en vena. Sería una buena solución poder llevar un gotero de espresso que no dejara de abastecer y llegara, sin necesidad de digestión, al flujo sanguíneo.

Son más de las once. No conozco de nada a los señores parisinos, pero de momento ya sé de ellos que no son puntuales. Se les esperaba a las once. Odio la impuntualidad. Yo me he levantado a las siete y media sin ningunas ganas, es más, hubiera preferido pasarme el día entero haciendo puenting pese al vértigo que me acompaña desde pequeña. Lanzándome al vacío desde cientos de metros sujeta por una cuerda al tobillo, me sentiría hoy más segura y tranquila que teniendo que alternar con los especímenes impuntuales de la alta burguesía francesa.

Ahora mismo puedo ver a Manolo en su despacho con el pelo engominado, la frente sudada y una expresión en su cara que no invita a acercarse, sino a hacer lo contrario. Todos estamos nerviosos y es en este tipo de situaciones donde nos dejamos ver de verdad y mostramos si entre nuestras virtudes se encuentran la templanza y el control o solo somos un manojo de nervios incapaz de gestionar la ansiedad. Apostaría mi sueldo de este mes a que mi encargado hoy no da pie con bola.

—¡Ahí llegan! —avisa sobresaltada Bea.

—Venga, todos en sus sitios, no habléis si no os preguntan y lo más importante, no olvidéis que un error hoy vale un despido —grita nervioso y sudado Manolo— Y pensar que es mi jefe este energúmeno... muy propio de él perder la compostura. Espero que hoy también lo haga y las altas instancias sepan qué clase de neandertal se encarga de este local.

Bajan de un Mercedes descapotable último modelo de color rojo. Se nota que son gente humilde y que les gusta pasar desapercibidos. Primero baja ella. Es una mujer joven, tendrá unos veinticinco años, delgada, alta y rubia. El premio protagonista para el peinado más cuidado del año es para el amarillo blanquecino de su media melena a la altura de los hombros. Lleva un vestido negro hasta las rodillas con escote barco y los hombros al descubierto que combina con unas sandalias de fino tacón de aguja, un Louis Vuitton de lona en tono rojizo que cuelga de su hombro derecho y unas amplias gafas de sol negras.

El heredero Dumont viste mucho más informal que ella. Más informal y más propio para un evento de día. Son las doce del mediodía y en Sevilla hemos alcanzado los treinta y ocho grados. El calor en la calle es difícil de soportar. Alrededor de la plaza donde han aparcado su flamante coche se ve a unos niños sin camiseta jugando alrededor de la fuente.

La pareja camina hacia donde nos encontramos nosotros. Él parece algo despistado y se detiene a hablar con uno de los chiquillos que juegan en la plaza. Al momento acude una mujer y hablan como si se conocieran de seis vidas antes. Este hombre no debe tener reloj, ni importarle que llevemos casi dos horas esperándolo. No solo llega tarde sino que ahora además se detiene a cada zancada que da convirtiendo su llegada en un paso de Semana Santa. Falta que una cuadrilla de costaleros los cargue sobre su cuello.

Se está eternizando el momento. Son impuntuales, lentos e irrespetuosos. Por un momento acude a mi cabeza la idea de marcharme de aquí y que Manolo y el resto de mis compañeros se encarguen del paripé porque yo estoy perdiendo las ganas de hacerlo. Si se queda a las once se queda a las once, no a las doce bien entradas y encima a paso lento. Se nota que disfrutan siendo el objetivo de todas las curiosas e indiscretas miradas que van asomando desde su llegada.

Abro la puerta cansada ya de estar esperando a Sus Majestades de Occidente y veo lo más bonito que han visto mis ojos en veinte años de vida.

Es alto. Tiene un corte de pelo singular que capta por completo mi atención y me invita al deleite imaginario. Corto de los lados y con un voluminoso tupé peinado hacia atrás que le concede un aire sofisticado. Su imagen pretende parecer casual. Conseguir ese efecto es el resultado de cuidar todos los detalles con esmero y disimulo para así rozar la perfección. Viste unos pantalones tejanos de corte clásico con retoques modernos que aprecio en los detalles bordados que revisten sus bolsillos. Jeans de aspecto desgastado que cubren y ensalzan a la perfección sus piernas y cintura. Su camiseta entallada remarca su silueta de proporciones imponentes.

El David de Miguel Ángel se ha escapado de Florencia y ha cambiado el blanco y frío mármol con que pasa sus días dentro del museo por una piel cálida, suave y ligeramente bronceada para venir a Sevilla y hacerme perder el sentido. Tengo ante mis ojos al hombre perfecto. Dan fe de ello mis temblorosas piernas y mi sonrisa perpetua.

Nunca antes me había sentido así, deslumbrada y fascinada ante la belleza que contemplan mis ojos sin ningún tipo de disimulo. No puedo disfrazar lo que siento, pero tengo que mantener las formas y recordarme que estoy en el trabajo.

La realidad irrumpe y sacude de manera bien distinta a la que ronda por mi imaginación en este preciso instante. Este ejemplar de hombre viene acompañado de su prometida y yo solo soy una camarera más de uno de sus muchos y rentables negocios.

El calor sube, mi temperatura corporal arde y mi mente se empeña en volar con él al paraíso.

—Hola, muy buenos días, ¿qué tal? soy Fabrice Dumont.

—Encantados de conocerles, señores Dumont —responde apresurado Manuel Cortés.

Estamos colocados todos los que hemos acudido a dar la bienvenida al gran jefe como si fuésemos un coro góspel. No cantamos música religiosa ni somos afroamericanos, pero estamos unidos alrededor del mismo objetivo: agasajar y adular al heredero. Nos dirige Manolo que hoy tiene maneras de Manuel y vestimos el uniforme del trabajo: blusa de color rojo amaranto de manga corta entallada con escote en uve sobre minifalda negra y ajustada para las mujeres; jeans negros y camisa del mismo tono rojo para los hombres. Predecibles y luciendo los colores de la marca de la casa. El letrero de *El Mosa* es de fondo negro sobre letras rojo amaranto. Desconocía esta tonalidad hasta que empecé a trabajar aquí.

Me siento góspel. Me acabo de entregar en cuerpo y alma al Señor, pero él todavía no lo sabe. Mi religión se llama Dumont, mide alrededor de un metro noventa y me mira como nunca antes me habían mirado.

Está saludando uno por uno a los ocho empleados que hemos venido a conocerle. Somos una plantilla de cuarenta y dos empleados, eso sin contar al personal de limpieza que pertenece a una empresa subcontratada. Pero hoy hemos sido solo ocho los elegidos. En este momento me siento muy afortunada por contarme entre ellos,... y pensar que maldije a Manolo hasta no poder más cuando supe que hoy madrugaba por culpa de los franceses. Sea esta la primera y única vez que mi encargado da en el clavo con una de sus decisiones. Obvio decir aquello de no sirva de precedente, a sabiendas de que no servirá, el odio que siento hacia él ha ido *in crescendo* hasta alcanzar umbrales e ideas propias del diario inédito del asesino de Whitechapel.

Cuando salude a Bea, la administradora, me tocará a mí. Nos hemos puesto juntas y para honrar a la verdad no hemos dejado de criticar a la francesa desde que la hemos visto bajar de su no muy discreto, pero sí muy descapotable último modelo de la casa Mercedes.

Estamos en modo avión desde hace ya dos minutos que pulsamos el botón de *mute* para dejar de

criticar a la gala encorsetada. Sufro por ella y por el calor que debe hacer dentro de su vestido. En algún momento tendrá que respirar, sonreír, mover algún músculo de su hierática cara... me pregunto si habrá vida humana detrás de esos cristales oscuros de *Moss Lipow* a lo Lady Gaga, ese Louis Vuitton que abulta tres veces más que todo su volumen corporal y el vestido negro *Haute Couture* de Givenchy.

Me tocó. Aquí está. Huele a vainilla y jazmín... no consigo descifrar los otros aromas que seducen mi olfato. Me mira. Me sonríe. Sus pupilas buscan las mías. Advierto una mandíbula pronunciada, de rasgos muy marcados que logran suavidad con el refinamiento de su mentón sobre el que asoma el hoyuelo de la discordia... este hoyuelo se acaba de postular como el mayor y más excitante instigador de mis, hasta entonces, apacibles y serenos sueños.

Una dentadura blanca y perfecta deja ver su cálida sonrisa acompañada por unos ojos de color miel que brillan más de lo normal y te los clava en cada rincón de tu cuerpo con un descaro inusitado. Su piel es muy suave. Me roza el brazo con la punta de sus dedos haciendo un recorrido lento y certero que me deja el vello de punta. Detiene sus caricias en mi mano y tras apretarla decide alejarse haciéndome una especie de señal con el dedo índice del que se sirve para hacerme cosquillas en el interior de la palma de mi mano derecha.

Mientras tanto suena Aerosmith con su canción «*I Don't Want to Miss a Thing*». El tema compuesto para la banda sonora de *Armageddon*. Yo tampoco quiero perderme nada y si llegara el fin de los días en plan bíblico que me coja con él. Con él y sin confesar que de pecar ya me encargo yo.

II

Estaba nerviosa. No conseguía quitarme la imagen de Fabrice de mi cabeza. Era un seductor nato y además lo sabía. Me encantó ese gesto que tuvo al tocarme la palma de la mano con el dedo índice. ¿Se habría insinuado y yo no me había enterado...?

Tenía que ponerme el uniforme del trabajo antes de salir de casa, la blusa roja amaranto y la falda corta de color negro que seguía tendida. Fui a la terraza y tiré de ella sin parar a quitarle las pinzas, era más la prisa que creaba mi ansiedad interior que la que tenía en el reloj.

Mis actos eran los de cualquier adolescente que va a su primera cita con el chico de sus sueños. Las prisas me gobernaban. Lo quería todo al momento y poder salir de casa a la velocidad de la luz. Hoy salía a trabajar con un cansancio encima que se me notaba sobre todo en la cara. Recurrí al maquillaje. Fui al cuarto de baño y saqué de la estantería mi neceser.

Se debe llamar neceser por lo necesario que resulta a veces. Por mi cumpleaños mi madre me había regalado un kit de supervivencia para casos como este. Tenía colorete, sombra de ojos de cualquier gama cromática, máscara de pestañas, barra de labios, anti ojeras, eyeliner, corrector de manchas y otros estropicios en la piel, una base de maquillaje formidable que aguantaba horas y parecía hecha adrede para mí. El maquillaje, los polvos anti brillos y más corrector para camuflar mis ojeras. Misión: Dejar de parecer un oso panda al salir de un after.

Entre todo el arsenal de primeros auxilios de belleza lo que más me gustaba era la barra de labios. Era rojo carmesí. Estaba convencida de que me daba suerte. Siempre que la usaba pasaba algo bueno.

En cuanto me encontraba vestida, maquillada, perfumada y lista para abrir la puerta sonó el móvil. Era María y estaba llorando. Daniel y ella habían discutido. Yo llevaba el bolso en una mano, las llaves en la otra y con el antebrazo intentaba pegarme el móvil en la oreja.

—Salgo a toda prisa, María. Es que hoy entro antes al trabajo, pero se me ocurre una cosa, paso a por ti y te vienes a El Mosa y allí hablamos. No acepto un no por respuesta. Sécate las lágrimas, lávate la cara y en menos de diez minutos me tienes en tu casa. En cuanto esté en tu portal te hago una llamada perdida porque si intento aparcar no llegamos. Hasta ahora.

—¡Alicia! ¿¡Puedo decir algo!?! —me contestó María enfadada y con toda la razón del mundo porque no la había dejado decir ni mu... Cosas de tener tanta prisa y vivir acelerada.

—Tienes razón, perdóname, voy todo el día atacada. Dime...

—Pues que sí, me apunto y me voy a El Mosa contigo, pero dame la oportunidad de decirte que sí, que voy. Te espero. Llámame cuando estés llegando y bajo. Un beso.

—Recibido, María. Salgo ya. En menos de diez minutos estoy ahí. Hasta ahora.

Ya estoy en el ascensor. Pulso el botón que baja al parking donde dejo el coche. Venía una plaza con el alquiler del piso. Como mis compañeros no tienen coche, eso que me llevo.

Espero no cruzarme con ningún vecino porque voy muy justa de tiempo y no soporto la impuntualidad. Solo faltaría que con lo pesada que soy con ese tema, fuera hoy yo la que llegara tarde.

Ya voy de camino a casa de mi amiga. Las dos vivimos en las afueras de Sevilla. No parece que

haya mucho tráfico, menos mal. Su piso y el mío están bastante cerca.

Me pongo música, trato de relajarme y me preparo para intentar animar a María. A ver esta vez qué ha hecho el tonto de Dani. No es mal tipo, pero tiene tantas manías que la película de «*Mejor imposible*» con Jack Nicholson parece su biografía.

Ya he llegado a su portal y no necesito llamarla porque ya la he visto. Es Usain Bolt, no conozco a nadie más rápido que ella.

—Hola, María. Sube. —le digo a través de la ventanilla del coche que acabo de bajar con solo apretar un botón. Mi Opel Corsa es viejo. Tiene trece años. Lleva la parte inferior de la luna delantera casi cubierta por una colección de pegatinas de la ITV. Pero el elevalunas funciona. Cosas del mundo paranormal.

—Cuánto me alegra verte, Alicia. Gracias por haber venido.

—Ponte el cinturón. Date prisa, por favor. Cuéntame, ¿qué ha pasado?

—¡Uff! Lo de siempre. Que si está harto de todo. Que si a qué mala hora nos fuimos a vivir juntos, que cada día odia más su trabajo porque no se siente valorado, que no debíamos habernos hipotecado..., ¿sigo?

—No, no hace falta, ya me imagino, y tú te habrás puesto a fumar en pipa y se habrá liado parda, ¿verdad?

—¡Vaya! Cómo nos conoces, eh...

—Bueno, tú relájate y trata de olvidar un poco. A ver si conseguimos sacar la noche adelante. Yo mataría por un café. No he podido parar a hacerme una taza. En cuanto lleguemos yo me preparo uno y a ti te saco la botella de *Tanqueray*, ¿cómo lo ves?

—¿Qué cómo lo veo? Pues que así, sí, Alicia. Así, sí.

—Eres de lo que no hay...

—Oye, ¿era hoy cuando llegaba el gran jefe, no, el francés ese?

—Sí. Han llegado esta mañana él y su prometida. Tenías que haberla visto...

—Y él, ¿qué tal, es tan guapo e irresistible como en las fotos que vimos en HELLO o pierde en persona?

—Qué va, no pierde, no. Es más, gana.

—¡No me digas! A María se le acaba de olvidar la bronca con Dani.

—Como te cuento. Es impresionante.

—Pues podía pasarse un ratito por allí a controlar su negocio, ¿no?

—¿Pero tú no estabas llorando por Dani?

—Bueno, Alicia, no seas aguafiestas que lo cortés no quita lo francés.

—Primera ocurrencia tuya de la noche, a ver en qué acaba esto. Pero si el tema del francés te hace feliz yo encantada. A ver si aparcamos pronto, si no te vas a buscar a Manolo y le pides que nos deje la llave del parking.

—Ni harta de ginebra. Por Dios. Qué bajón me ha dado ahora mismo. Pasar del francés a Manolo. Estas cosas solo se te ocurren a ti.

—Pues nada, tú me dirás dónde aparcamos. Abre bien los ojos porque aquí no cabe hoy ni un alfiler.

De repente un Mercedes rojo descapotable nos corta el paso.

—¡Será! ¿¡Pero este de qué va!?! —exclamó María.

Estábamos a punto de bajar las ventanillas y explicarle las cosas con poca educación, cuando a Dios gracias me doy cuenta de quién conduce. Es Fabrice Dumont.

—María, ese que conduce el utilitario rojo tan discretito es Fabrice, *El Boss*.

—¿¡En serio!?! ¡Madre! ¡Qué noche esta! De estar llorando por Dani en el sofá de casa a cruzarme con Dumont. Pues irá a su local, ¿no? Alicia, apártate mujer y cédele el paso a *El Hombre*.

—¡Jajaja! Ahora sí, ¿no? Pero no, no pienso cederle el paso porque eso no es forma de conducir. Que se aparte él.

—¡Alicia, relaja! Uno, es tu jefe, *El Boss*; Dos, está cómo quiere y si quiere cruzarse que se cruce...

—Sí, sí, de cruces voy a hablar yo contigo. Vas a sentarte en la barra donde yo te vea y no te vas a acercar a él.

—Sí, mamá... no te preocupes. Eres muy pesada Alicia, pareces mi madre.

—Pues esta noche soy tu madre.

¡Por fin! Un sitio. ¡Lo encontré!

Salimos del coche y nos dirigimos hacia el local con paso rápido. Más que andar corremos...

—Tú conmigo, María, que te conozco...

III

Esto está hoy imposible. Menuda noche me espera. Encima hoy que no puedo con mi alma. Lo primero que hago al llegar al trabajo es ir al almacén y ponerme el uniforme en un cuarto que habilitamos hace tiempo a modo de vestuario con su pestillo y candado de doble vuelta. Por si acaso, por si Manolo...

Pero hoy he venido ya vestida. Entramos por la puerta de atrás justo donde tenemos los contenedores que, por cierto están hasta arriba... ¡Ay, Manolo! ¡Qué chalet unifamiliar de diseño me estás poniendo en el cielo!

Empieza la noche. Me toca estar en la barra con Brown y atendiendo a los VIP entre otras cosas. María parece una niña con zapatos nuevos. Me gusta que esté feliz porque lleva una racha muy mala con Daniel.

Veo a Brown, el *Brian Flanagan* de El Mosa haciendo uno de sus famosos cócteles y cojo a María de la mano para ir a saludarlo, presentarlos y ponerme en marcha.

—Brown, ¿qué tal va todo por aquí, has visto la que hay formada ahí fuera? y eso que no son ni las nueve.

—Alicia, qué ganas tenía de verte. ¡Help! Esto está imposible y no entiendo por qué. Ni que hubieran venido los Rolling Stones...

—Ah, que tú no lo sabes, claro, no estabas esta mañana. Supongo que se ha corrido la voz y todo el mundo sabe que ha venido el jefe. Esta mañana ha llegado Fabrice Dumont. Y ya sabes la expectación que crea... Aquí el francés protagonista de las portadas de las revistas más glamurosas. Se ve que toda Sevilla se ha enterado y quieren verlo con sus propios ojos.

—Perdonadme que no os he presentado. Brown, María; María, Brown. Os vigilaré a los dos de cerca porque os conozco.

—Me encanta Fabrice. Es «*guapérrimo*». El superlativo de guapo se le queda corto. Y qué estilazo tiene —le comenta Brown a María que parecen amigos de toda la vida.

Brown es gay pero no tiene ni media pluma. Las mujeres lo acosan. Su aspecto es muy varonil. Su voz y sus gestos son más masculinos que los de Terminator así que entiendo la confusión. Él decidió que como nunca se había metido en un armario no tenía por qué salir de uno de ellos. Es mi amigo, mi compañero y mi amigo.

—¡Chicas, que se pare el mundo que se acerca Dumont! —nos grita a María y a mí, Brown. — ¡Miradlo! Que viene. Ay, por favor, que viene. Estoy atacado. Me da algo. Como me pida que le haga un cóctel, se me cae al suelo.

—Relájate, Brown y no grites no sea que nos oigan. Tranquilízate y tranquilízame a María que se acaba de quedar cual columna del Partenón, tiesa y de mármol. Menudas dos patas para un banco me he buscado.

—Hola, buenas noches, ¿qué tal? —se dirige Fabrice a nosotros y estos dos se quedan mudos. Así que me toca contestar a mí.

—Bien. Aquí. Manos a la obra. El local está muy lleno y todavía es pronto.

—¿Tú eres Alicia, ¿verdad? —me pregunta Fabrice.

—Sí, Alicia. Alicia Maldonado. ¿Quiere tomar algo?

—No me llames de usted, por favor. Que tampoco soy tan mayor...

—No, discúlpame. No lo hago por edad es una cuestión de respeto. Respeto al jefe —le digo mientras sonrío.

—Al jefe, ¿qué jefe? —contesta él mientras mueve la cabeza a ambos lados como si buscara a alguien.

—Hombre, pues creo que eres un poco dueño de todo esto, ¿no? La ironía siempre fue mi leal y eficaz escudo para combatir la vergüenza.

—Yo no soy dueño de nada. Hoy solo soy un cliente más. Lo digo por tus amigos, el barman y la chica que no levanta la vista del suelo. Diles que no muerdo y que estoy vacunado.

Ahora resulta que también es simpático y sencillo. Me va a caer bien. Voy a ingeniármelas para preguntarle por su novia. Así sin que se note...

—¿Entonces te podemos llamar de tú?

—Por supuesto. Que sea la última vez que me llamas de usted.

—¿Entonces cómo te llamo?

—Puedes llamarme Fabrice.

—No tienes mucho acento francés. Y pronuncias bien la erre.

—Vivo en París, pero mi madre es de aquí. Es sevillana del barrio de Triana.

—¡Sí, hombre...!

—¿No me crees?

—No cuela. Estudiarías en algún colegio bilingüe más allá de los Pirineos...

—¿Has estado en los Pirineos? Hace poco estuve en el macizo Vignemale. Me encantan los glaciares. A mi padre le encantaba la nieve y en especial los glaciares. Yo tenía siete años cuando me llevó a ver mi primer glaciar, el de Ossoue en el Pico Vignemale. Al mes de su muerte organicé una

excursión, pero no encontré lo que buscaba y no creo que vuelva. Él tenía razón. Siempre me hablaba del calentamiento de la Tierra y sus consecuencias... Perdona. Te aburro. No sé qué me ha pasado. Me he puesto a contarte mi vida como si tuviera que importarte. Lo siento.

—No, por favor. Sigue, ¿qué me decías de las consecuencias del calentamiento de la Tierra?

—¿En serio te interesa o ya me ves de nuevo como el jefe y te sientes obligada a aguantar mi sermón?

—¿He de contestar...?

—Estás obligada por contrato, creo. —me contestó intentando provocar cualquier reacción en mí que le dejara averiguar si me interesaba lo que quería contarme o desviaba la conversación. Fuera lo que fuese, la desvió hacia temas más banales o así lo pensé yo. Siempre me he preguntado si sería mi gesto o si se me escaparía un medio bostezo. Pero no le aclaré que no me aburría, al contrario. Lo único que pasaba es que estaba muy cansada. Esa noche estaba agotada.

—¿Por contrato? Pues venga. Prosiga *boss* con su verborrea y sus historias de calentamientos y glaciares. Una cosa, si te digo que no sé qué es un glaciar, ¿dejarías de hablarme?

—Por supuesto. Te dejaría de hablar y te despediría. Nadie puede ignorar eso.

Se reía mientras me miraba y seguía esperando a que Brown le sirviera uno de sus cócteles — ¿Siempre es así de indeciso nuestro barman o no le he caído bien? —preguntó.

Supongo que se le debía estar secando la boca con tanta charla o que tanto hablar de hielos y glaciares le hacían desear lo más parecido que pudiera encontrar en ese momento y en ese lugar. No daba frío escucharlo, la verdad. Más que una copa me apetecía tomarme una taza de algo caliente en el sofá. Un chocolate, un sofá muy grande, una manta que abrigase bien y su presencia junto a la mía, ¿estaría pidiendo mucho...?

—Señor Dumont —pronunció Brown con un esmerado acento francés— ¿desea tomar algo?

—Un ron con Coca Cola.

—Perdón señor, ¿he entendido bien?

—Sí, ha entendido bien. Ron con cola —afirmó Fabrice.

—Se lo preparo de inmediato —contestó Brown desconcertado y con voz temblorosa librando una batalla entre la vergüenza y su deseo por agrandar —Alicia, por favor, podrías venir conmigo un instante, si a usted no le importa, claro...

Insistió en requerir mi presencia al otro lado de la barra. Seguro que se moría de ganas por saber de qué estábamos hablando y ahora era el turno de responder a la rueda de preguntas.

—Voy —le dije a mi buen amigo y siempre afanado cotilla Brown.

—Pero vuelves, ¿verdad? —me preguntó Fabrice mientras me rozaba la parte interior del antebrazo con la punta de sus dedos.

—Si en diez minutos no he vuelto llama a la policía —le dije muy segura de mí misma. Brown se quedó perplejo ante esa puesta en escena tan altanera con que le había respondido a Fabrice, quien a fin de cuentas y antes y después que cualquier otra cosa era el *boss*. Cosa que parecía haberseme olvidado hacía unos veinte minutos.

Claro que iba a volver a su lado. A ese taburete blanco de cristal y cuero del que no quería levantarme, pues allí sentado justo a mi lado tenía al hombre que más me había impresionado hasta el momento. Sería cosa de los glaciares. Tendría razón el parisino con su teoría del calentamiento de la Tierra y en ella y como resultado del mismo, se puede derretir cualquiera. Ya sea una masa de nieve o una camarera sevillana con la que me levantaba cada mañana y a la que mi madre llamaba hija. No me reconocía. No era yo. Me estaba abduciendo un ser extraño que ni siquiera llevaba antenas ni era verde, desconcertante todo. Me aterrorizaba aquel desconcierto. No era yo persona visceral ni impulsiva. Algo me ocurría. Sentía miedo por sentirme sintiendo. Y más tratándose de un completo desconocido, que a la postre era mi jefe y uno de los hombres más ricos y deseados del mundo. Dejando aparte para evitar mayores catástrofes cardíacas su más que sabido y anunciado compromiso con la francesa encorsetada. Noticia que yo misma había visto y leído en una famosa revista y en varios periódicos de tirada internacional.

Podía salir huyendo y tomarme la petición de Brown para desaparecer. Eso tenía que hacer. Eso haría la hija de mi madre. ¿¡Qué iba a hacer yo!?

—Alicia, ¡todo, queremos saberlo todo! ¿De qué hablabais?, ¿qué te contaba? Le gustas, te habrás dado cuenta, ¿no? —preguntaba Brown.

La rueda de preguntas había empezado. Iniciaba el turno Brown mientras María me miraba expectante y con los ojos tan abiertos que cabía la posibilidad de que al abrir tanto las cuencas oculares se le saliera un globo con córnea, pupila, iris, cristalino, retina y nervio óptico.

Brown por el contrario los tenía entornados. Me había clavado una mirada sibilina e inquisidora que parecía desafiar al mismísimo Torquemada. Si este fraile fue confesor de Isabel la Católica estaba claro que hoy reinaba Castilla y yo llevaba corona.

—Cuenta, venga. No te hagas de rogar, si quieres me pongo de rodillas, pero cuéntanos ¿Qué te ha dicho, de qué hablaba, a qué huele, por qué se reía tanto, nos ha mirado, te ha preguntado por nosotros, ha dicho algo sobre mí, le he parecido esnob por lo del ron con cola? Es que también, hay que ver, con lo que presumen y lo simplón que tienen el paladar. Por favor, mira que pedirme eso a mí, a Ryan Brown. Ya conocemos un defecto del francés. Es de paladar basto y rústico.

—Brown, luego te quejas de que te llamen esnob —le dije intentando desviar la atención de mis acérrimos inquisidores recurriendo a lo que hasta ese día nunca me había fallado, su narcisismo. Su incontinencia verbal y la capacidad de mi amigo para monopolizar cualquier diálogo y convertirlo en monólogo, me iban a sacar de este apuro y reconducirían la conversación al ego de nuestro barman. En esos momentos moría por escuchar sus *yoísmos*.

—Pero, ¿Fabrice me ha llamado esnob?

—No, Brown, no te ha llamado esnob. Pero te lo llamo yo y añado pesado.

—¡Hay que ver! Dios da margaritas a los cerdos y *Fabrices a las Alicias*. Luego te quejas cuando te digo que vives en Wonderland.

—Habló el sombrero —repliqué yo.

Solíamos gastarnos bromas con el juego que da mi nombre y el cuento de Lewis Carroll. Para él, yo era su Alice's in Wonderland, y para mí él era otro de los personajes, el sombrero. Yo no se lo decía solo por el personaje del cuento, sino a raíz de un reportaje que vi sobre el mercurialismo. Al escuchar la palabra, mi mente poco acostumbrada a los documentales, pensó que debían estar hablando de una forma específica de colonización o algo parecido. Me quedé sorprendida al saber que en la antigüedad los sombreros se hacían con mercurio e inhalar los vapores de este metal provocaba ese estado mental de enajenación que algunos llaman locura. Bendito mercurio, pues. Si la locura tuviera Twitter le daría a seguir. He necesitado respirar vapor de mercurio muchas veces. No es fácil a veces bailar con la realidad.

Brown, era el sombrero. Loco estaba y sombreros usaba así que le venía como anillo al dedo. Sufríamos a Manolo, nuestro encargado inventándonos historias y recurriendo a juegos de palabras o cualquier tontería que nos ayudara a evadirnos de aquel ser déspota. Aquel encargado que se hacía la raya del pelo a un lado siendo calvo. Cortafuegos ingeniosos por personas que se niegan a portar bisoñé o a ser lo que se es. Complicarse la vida, vamos. Llámese raya sobre un pelo que no existe, cortafuegos acampado en vereda despejada o peluca con planchado al velcro a falta de tupé. Y hablando de tupés, ¿seguirá Fabrice donde lo dejé o se habrá ido?

—Chicas, os dejo que me acaba de hacer una señal Fabrice. A mí Alicia. A mí. Y no a ti. Si es que igual no es de paladar tan tosco como yo había pensado... Sed buenas mientras no estoy —nos habla casi a gritos Brown con tal de hacerse oír.

—Alicia, cuenta. Ahora que no está Ryan, ¿cómo es el francés? Le has gustado seguro. Qué suerte tienen algunas. Está intentando ligar contigo Dumont ¡Ay! Suspira María con la mirada levantada.

—Parece muy majo. Habla castellano. Casi tiene acento andaluz o así me lo parece a mí. Su madre es de Triana, ¿te lo puedes creer?

—Ah, ya decía yo. Que este de francés engolado poco. Ya entiendo por qué. Pero bueno, cuenta antes de que vuelva Mr. Cóctel...

—Me cae bien. Es majo. No sé...

—¿El qué no sabes?

—Ahora mismo no sé nada. Me lo esperaba tonto y soberbio. Con aires de grandeza y dejando claro que es dueño y señor de casi todo. Pero no. Me he equivocado. Es agradable, simpático, divertido, atento, cordial e incluso parece sensible.

—¡Anda! Ahora sí que ha salido el gordo, ¿me estás intentando decir que tiene razón Brown y el francés es gay?

Me reí con muchas ganas por el comentario de mi amiga.

—¡Pero qué ventolera os ha dado con lo que le guste o no le guste a este hombre! Yo creo que es heterosexual, pero si queréis empujarlo a un armario, allá vosotros.

*«Qué sabe nadie
Lo que me gusta o no me gusta de este mundo*

*Qué sabe nadie
Lo que prefiero o no prefiero en el amor...».*

María se ha puesto a cantar la canción de Raphael *«Qué sabe nadie»*. Que nos pille el cielo confesados y el paraguas cerca. A lo lejos veo a Brown hablando con Fabrice. Se le ha olvidado llevarle su ron con cola y yo juraría que lo que quería nuestro francés era su bebida...

Ya vuelve mi barman preferido.

—Alicia, este aparte de garrulo es tonto. Pues no quería que le llevase su ron. Ahora mismo se lo llevo aderezado con sal del ácido cianhídrico ¡Habrás he visto! ¡Qué desfachatez! Voy a preparar el elixir de los dioses del todo a cien. ¡Qué garrulo es! ¡Por favor!

Brown también se pasaba las mañanas en la Universidad, pero él en la Facultad de Ciencias Químicas. Capacitado para hacer aderezos prohibidos estaba, aunque no dejaba de ser otra de sus puestas en escena. Su dramatismo para sentir las cosas que le ocurrían era propio de Vivien Leigh en su legendaria interpretación de Scarlett O'Hara. Conmigo se mostraba como era en realidad. Brown era muy intenso, cargante a veces, pero siempre estaba cuando lo necesitaba y jamás me había fallado. Las formas lo perdían, pero tenía miles de virtudes que como amigo compensaban todas y cada una de sus excentricidades.

Fijé la vista en la sala y vi de nuevo a Fabrice. Me hacía gestos con la mano que parecían indicar que regresase a su lado. Me acerqué a mi amigo y le pregunté cómo iba la ambrosía bañada en licor añejo que con desidia estaba preparando.

Me dijo que no pensaba llevárselo.

—¡Yo no me paseo con esto por ahí, encima...! Si lo quiere que levante sus francesas posaderas hasta aquí y se lleve esto de mi vista. Seguro que se lo bebe de un trago y luego se pasa la mano por la boca como si fuese una servilleta.

—Venga, Brown, se lo llevo yo.

—¡Ajá! Te gusta, eh y estás deseando regresar a su lado... ¡Eres mala!

—¡Cómo que soy mala! ¿Por qué?

—Me abandonas a mi suerte... Aquí como si fuese un camarero de un bar de polígono de carretera secundaria con señales viarias de primacía de los animales con cencerro sobre las personas. Adornando su entrada con una pizarra gigantesca y corroída por la erosión de la intemperie. Pintada con trazos irregulares de tiza donde se puede leer una suerte de garabato con repetidas faltas de ortografía:

« *Entrante: Sopa o Ensalada.*

Primero: Macarrones con queso o fritanga de congelados.

Segundo...».

¡Ay! Qué disgusto. Me has cambiado por un tupé repeinado. Estoy seguro de que si hago un flameado cerca de él con toda la laca que lleva encima, esto prende fuego en medio minuto. Somos cenizas, Alicia: ¡¡Cenizas!!!

—¡Brown! Me estás poniendo muy nerviosa. No seas dramático. Tienes a María para desahogarte. La vida te maltrata, amigo. Mira que venir aquí a tu dominio étlico y pedirte que mezcles ron y coca cola... ¡Qué valor hay que tener!

—Ves, tú me entiendes Alicia. Vas de dura, pero me entiendes.

—Sí, sí, Brown. No sabes cuánto...

Es muy teatrero, pero el único capaz de hacerme reír incluso en noches como esta. Muchas veces, ni él ni yo sabemos si hablamos en serio o seguimos de broma.

Me dirigí hacia Fabrice tras coger la bandeja con la consumición que había pedido. Brown había conseguido reinventar el concepto tan tosco que tenía de esta mezcla de licor y refresco con gas, introduciendo sus toques personales. Lo que veía en la copa de balón serían granos de café... con su orgullo herido mi imaginación se disparaba. Solo esperaba que no hubiera hecho ninguna de las suyas. Brown era el sombrerero. En ese momento vinieron a mi mente cada una de las particulares hazañas que lo habían hecho ostentar el título. Sus locuras eran ese tipo de situaciones que mientras ocurren quieres morirte de vergüenza, pero con el tiempo se convierten en risas y complicidades que solo entienden los verdaderos amigos.

Fabrice me ponía muy nerviosa con solo verlo sonreír. Me encantaba la expresión de su cara y la mirada tan intensa y brillante que regalaba al mirar. Caerse entonces habría sido despertar.

—Ya está aquí tu bebida. Me apuesto lo que quieras a que te encanta. Nuestro barman es el mejor.

—¿Sois pareja? —me preguntó Fabrice como si le fuera media vida en la respuesta.

Me reí muy consciente de lo que estaba empezando a ocurrir y al pensar en Brown como en mi pareja.

—¡No! —le respondí mientras dejaba por fin la copa sobre la mesa.

Fabrice se había desplazado hacia las mesas del fondo. Supongo que buscaba algo de intimidad. En el rato que había estado con mis amigos en el interior de la barra lo habían reconocido muchas personas. Todas le pedían fotos y autógrafos. Yo mostraba un disimulo muy digno, pero lo había visto sonreír a un par de chicas del mismo modo en que momentos antes lo había hecho conmigo. Y para ser sincera, la estampa me incomodaba. El francés parecía más que acostumbrado. Lo que a mí no me gustaba, a él parecía encantarle.

—Podías compartir conmigo la copa, si tan segura estás de lo bien que sabe no te importará —me dijo mientras sonreía sin parar de mirarme.

—Por supuesto. Yo empiezo.

Cogí la copa y de dos tragos me la bebí entera. Iba a impresionarlo. Seguro que su prometida bebía Don Perignon a sorbitos. Tenía que saber que la española cuando bebe es que bebe de verdad. Estaba en mi momento. Los astros alineados me deparaban un final apoteósico, digno de aplauso, cuando un grano de café se me quedó atragantado. Un maldito grano de café estaba a punto de hacerme parecer tan torpe como la que más. Empecé a respirar como una aspiradora vieja y mi cara se puso de color azul por momentos. Iba a morir ahogada delante de Dumont y media Sevilla mirando. Cuando Fabrice sin pensarlo me abrazó y con fuerza me apretó el estómago. No iba a morir ahogada. Moriría de vergüenza porque iba a vomitar. ¿¡Qué clase de animal le habría enseñado primeros auxilios!?

Ocurrió lo inevitable. Había cenado poco. Esa fue mi suerte entre tanto desatino. Devolví un trozo de pizza que había comido con María nada más llegar y, cómo no, el maldito grano de café.

—¿Estás bien? —me preguntó. Parecía preocupado.

—Sí, ya estoy bien, gracias. Me podía la vergüenza. ¿¡Cómo había acabado devolviendo sobre su chaqueta!?

—No te preocupes por esto —señaló la mancha mientras se limpiaba con una de las servilletas de algodón con ribete de organza bordado a mano y rematado con hilo de oro.

—Lo siento, de veras...

—No te preocupes. Lo único importante ahora mismo es asegurarme de que te encuentras bien, ¿te duele el estómago?

—No, estoy bien. Solo ha sido un susto. Pero ya está.

—De todos modos creo que deberíamos acercarnos al hospital.

—No es necesario.

—Insisto. Necesitas un médico. No hace falta que lleve bata blanca. Sé de uno con chaqueta manchada que te atendería con mucho gusto.

—¿¡No me digas que también eres médico!?

—Sí. Hice la residencia en El hospital de la Pitié—Salpêtrière, pero no la terminé.

—No sé de qué me suena ese hospital...

—Bueno, quizá sea porque en ese hospital falleció Diana de Gales. Es muy importante en Francia y te puede sonar por muchas cosas.

—Vaya, Fabrice. Eres una caja de sorpresas. Ahora resulta que eres médico, ¿y qué especialidad es la tuya?

—Pediatría. Me encantan los niños. Aunque es muy duro verlos enfermos. En el segundo año de mi residencia ingresó Paul, un niño de seis años.

Fabrice bajó la mirada y cambió el semblante. La tristeza también sabía acomodarse en su cara.

—Paul había llegado al hospital con un traumatismo craneoencefálico. Mientras jugaba con sus amigos a fútbol se rompió el larguero de la portería. Por desgracia cayó sobre él. Su corazón se detuvo ante mí, entró en parada y no pude salvarlo. No lo superé y dejé la medicina. No hay día que pase en que no piense que debí haber hecho algo más.

A Fabrice se le entrecortó la voz aunque intentaba disimular su desazón.

—Lo siento mucho, Fabrice. No tenía ni idea de tu vida y he de confesar que te había juzgado de manera muy frívola y superficial. Sin tener idea de quién eres, ni de lo que has vivido.

—No te sientas mal, ¿sabes? Es la primera vez que consigo hablar de esto. Gracias por escucharme. Me haces sentir normal.

—¿Normal? No te entiendo.

—Sí. Me refiero a que contigo puedo ser yo mismo. Contigo no tengo que aparentar indiferencia, ni marcar distancias, ni fingir que nada me importa.

—Fabrice se supone que debería estar trabajando, pero si me das permiso me encantaría salir de aquí contigo y seguir conociéndote.

—Será un honor para mí disfrutar de tu compañía. Salgamos por el reservado que va directo a donde he dejado el coche. Manuel me dio la llave.

—Vale. Pero antes necesito hablar con mis amigos. Vine con María. Llegamos juntas en mi coche.

—Pues que se venga y la dejamos en su casa, si te parece bien, bueno y a ella.

—Vuelvo enseguida. Si quieres ve yendo al parking.

Me fui hacia donde estaban ellos. Les conté que me iba con Fabrice. Cogí de la mano a mi amiga y

las dos nos despedimos de Brown que permanecía perplejo y no fue capaz de decir nada, y lo más extraño, no me hizo ninguna pregunta parecía haberse quedado mudo.

María me sometió a un interrogatorio despiadado de camino al aparcamiento. Yo sorteé como pude la mayoría de preguntas. Caminábamos deprisa y yo no dejaba de repetir: *No sé qué estoy haciendo, pero es lo que quiero hacer*. Cada vez que lo pronunciaba no sabía bien si intentaba convencerla a ella o a mí. Fuera lo que fuese lo tenía decidido.

En cuanto bajamos al sótano vi el coche de Fabrice, el mismo que pocas horas antes nos había cortado el paso. Muy gentil, bajó y nos abrió la puerta. Primero a mi amiga y luego a mí que ocupé el lugar del copiloto. Nos preguntó dónde íbamos. María le explicó cómo llegar a su casa. Él se dejó guiar. Por el camino nos reíamos. Parecía que María y él se habían caído muy bien. Eso me gustaba.

—¿Es esta calle? —le preguntó Fabrice a María.

—Sí, exacto. Puedes parar donde está el camión. Bueno, chicos pasadlo muy bien. Yo me bajo aquí que ya es hora. Mirad, tengo luz en casa. Dani me está esperando. Muchas gracias por acercarme Fabrice. Un placer conocerte.

—Espera mujer, te acompañamos hasta la puerta. Pongo las luces de emergencia y ya está.

Bajamos los tres del coche y acompañamos a María hasta el portal. Fabrice insistió en que esperásemos a verla coger el ascensor.

—Ya está mi amiga a buen recaudo. Gracias por tanta amabilidad —le dije mientras me frotaba las manos para combatir el frío. Fingí estar helada. La noche ya bien entrada me sirvió de cómplice.

Él acercó su cuerpo al mío. Tocaba mi pelo como si lo peinara. Me miró con unos ojos que brillaban más que la luna llena que decoraba nuestro techo en la calle. Puso sus manos en mi cintura. Yo lo miraba como si el mundo se hubiera acabado y sus brazos fueran el refugio que necesitaba. En ese momento entendí que estaba ante el hombre con el que quería estar. Nos besamos con pasión. Con ternura. Entre risas. Cómplices y sin medidas. Desaparecieron los relojes y el tiempo parecía congelado en ese momento que sabía a menta y caramelo.

Un coche pasó a nuestro lado y se detuvo ante nosotros encargándose de devolvernos al mundo que acabábamos de dejar en standby. Eran dos mujeres que se habían dado cuenta de que en la calle donde querían aparcar se encontraba Fabrice Dumont. Con poca discreción y mucho atrevimiento dejaron su coche al lado del de Fabrice y se acercaron hacia nosotros.

—¡Eres Fabrice! ¡Fabrice Dumont! —gritó una de ellas.

—Hola, buenas noches. Sí, así me llamo —contestó cordial y con una simpatía que parecía ser su sello de identidad.

—¿Nos podemos hacer una foto contigo? —volvió a la carga la mujer lanzada.

—Sí, claro —respondió sin dudar. Yo me sentí molesta. No quería ser la fotógrafa ni que nadie me

pidiera tal cosa. Había algo en el ambiente que parecía indicar que me iban a dar su móvil para capturar la escena.

—Perdón, ¿puedes tomarnos tú la foto? —dijo la mujer más descarada con que me he topado hasta el momento.

¡Bingo! Lo sabía. No les bastaba con entrometerse ahora me querían fuera de escena y sacándoles una foto.

—No, lo siento. Yo ya me iba.

Estaba tan incómoda que pensé en salir de allí para encontrar cobijo en casa de mi amiga María. Vi que seguía encendida la luz en su ventana. Y no lo pensé más. Cuando Fabrice vio mi intención les pidió a las dos mujeres que se marcharan. Entonces vino detrás de mí. Estaba enfadada. Su parte egocéntrica me tenía desconcertada. Para él sería lo normal. En cambio, para mí era un verdadero suplicio aguantar que cualquier desconocido se acercara a él como si lo conociera de toda la vida. Me irritaba su manera de actuar. Parecía encantado siendo el centro del universo, cosa que se alejaba mucho de mi forma de entender la vida.

—¡Alicia, por favor! ¿Dónde vas? lo siento. No debí haberles hecho caso.

Yo seguía andando sin detenerme y a cada paso más rápido. Él hacía lo mismo. Andábamos juntos, pero muy separados.

—¡Alicia, detente un momento, por favor! He sido un imbécil. Lo sé. No era momento para fotos. Te repito que lo siento.

Me adelantó y se colocó justo delante de mí. Sin dejarme apenas tiempo para detenerlo, lo tenía de rodillas y con cara de no haber roto nunca un plato. Sonreía de medio lado como un niño travieso que jura arrepentimiento sin conocer su pecado. En ese momento entendí que con él mejor usar vajilla de plástico... Me podía. Con él la aventura estaba servida y también la guarnición que iba vestida de mujer.

—Fabrice, por favor, levántate —le pedí mientras nos reíamos del momento.

—A sus órdenes —respondió.

Se puso en pie y empezamos a pasear. Cogió mi mano y andamos de vuelta al coche. Levanté la vista y miré hacia el piso de mi amiga, pero ya no había luz. La noche daba paso a que cada uno buscara dónde y con quién pasarla. María estaba en casa con Dani. Yo seguía con Fabrice. Brown estaría a punto de terminar la jornada y volver a casa. Todos parecían estar en su sitio, ¿lo estaría yo...?

—¿Dónde quieres ir? —me preguntó Fabrice nada más subir al coche.

—Podíamos volver a El Mosa. Tengo allí mi coche.

—No necesitas coche. Te llevo yo.

—Tengo allí las llaves de casa.

—Pues habrá que volver —me dijo. Poniendo de nuevo su cara de niño travieso.

—Una cosa... recuerdas que estás prometido, ¿verdad?

—Sí, ¿por?

—¿¡Cómo que por!?! Tu prometida te estará esperando.

—No, qué va. Ella se marchó a París esta misma tarde. Nuestra promesa no es de amor. Hace años nuestros padres pactaron la fusión de las dos empresas más importantes de Francia. Una pertenece al padre de Valérie y la otra ahora es mía. Nuestro acuerdo es un contrato de negocios. Acepté darle forma de matrimonio porque se lo prometí a mi padre. Lo siento por él, pero si me caso con esa mujer estropearé mi vida. He venido a Sevilla a pasar unos días con mi madre y hablar sobre esto. A ella no le gusta nada este negocio acordado. Necesitaba respuestas y en ti las tengo todas.

—Bueno, los dos nos hemos vuelto un poco locos hoy, pero va siendo hora de poner algo de cordura a tanta locura. En cuanto llegemos a El Mosa fingiremos que nada ha pasado, ¿trato hecho? Le acerqué la mano buscando sellar mi trato con un apretón de manos. Él me correspondió a su manera. Besando la palma de mi diestra y en ese momento torpe mano.

—Quiero quedarme a tu lado toda la noche y mañana. Y pasado mañana. También la semana que viene. El próximo mes lo quiero pasar contigo... ¿Tú quieres formar parte de mi vida?

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Te quiero conocer y te quiero cuidar.

—No nos conocemos apenas...

—Sé lo que necesito saber. Quédate a mi lado.

Nos volvimos a besar.

No era yo la que miraba sus ojos. No era yo la que buscaba su boca. No era yo la que quería quedarse con él y creer que algo de lo que me había dicho era verdad. Por una vez no iba a ser yo.

—Quedamos mañana aquí mismo. Vendré a por ti a las doce. Si no estás no te volveré a buscar. Ahora sí, ¿trato hecho?

Fabrice le dio la mano a Alicia y sellaron su pacto.

—Me vas a volver loca. Hasta mañana. Creo...

—Hasta mañana. Ven. Espero que vengas.

IV

Alicia bajó del coche pensando si estaría soñando o toda esa noche había ocurrido tal y como sabía su boca. Absorta en sus pensamientos enredados abrió el coche y condujo hasta casa con la cabeza enmarañada y el corazón a lo suyo. Al llegar se detuvo ante el espejo de la entrada mientras dejaba las llaves sobre el mueble del recibidor.

Fabrice llegó a casa de su madre. Aparcó el coche a escasos metros de la puerta. Se sobresaltó al ver la luz proveniente del salón. Pensó si habría ocurrido algo. En ese momento recordó haber recibido dos llamadas que no quiso contestar. Cuando entró se encontró a su madre casi dormida delante del televisor.

—Mamá, ¿qué haces levantada a estas horas?

—Fabrice te estaba esperando. Quería avisarte de que ha venido Gabrielle. Vino al poco de irse Valérie. Le dije que se alojara en la habitación de arriba. Llegó un poco cansada y algo mareada. Se acostó al poco de llegar. No tenía muy buen aspecto.

—¿Gabrielle aquí? —preguntó Fabrice sorprendido.

—Sí, hijo. No podía dejar que se alojara en ningún hotel. Te llamé al móvil un par de veces para avisarte y ver si podías volver. Pero no contestabas. Saltaba la voz esa del robot que dice que deje un mensaje.

—Mañana nos contará a qué debe su visita. ¿No te ha contado nada?

—No, solo que tú le habías dado unos días libres y había decidido pasarlos en Sevilla. Lo que sí que la he encontrado es algo desmejorada. No ha querido cenar y mira que le he ofrecido cosas.

Fabrice sonrió.

—Me imagino, mamá. Seguro que le has sacado toda la despensa.

—Hijo, voy a acostarme ya. Es muy tarde y estoy cansada.

—Espera, mamá. Es que tengo que contarte una cosa. He conocido a una chica. Se llama Alicia. Es una de las camareras de El Mosa y quería que comiera mañana con nosotros.

—¿Pero aquí en casa, yo también? Y está Gabrielle...

—Hablaré con Gabrielle mañana en cuanto se levante. Necesito que conozcas a esta mujer.

—Pero, hijo... ¿Alicia quién es?, ¿por qué la traes a casa?

—Mañana la conocerás, mamá. Seguro que te gusta.

—Hijo... Valérie llamó para preguntar sobre unos contratos que teníais que firmar. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Sí, mamá. No te preocupes. Mañana te lo contaré todo.

—Solo espero que no te precipites y que hagas lo correcto. No quiero que hagas daño a nadie ni que te lo hagan a ti. Ve despacio. Es lo único que te pido.

Fabrice le dio un beso a su madre y se despidieron hasta el día siguiente.

Sin haberse quitado todavía la chaqueta se dirigió a la planta de arriba donde le había dicho su madre que estaba Gabrielle. No entendía qué hacía allí, ni cómo había acabado su secretaria durmiendo en la casa familiar. No podía pensar con claridad. Millones de pensamientos se agolpaban en su cabeza. Todos tenían en común un interrogante: qué hacía allí. Entró en la habitación y se encontró a Gabrielle vestida solo con una sonrisa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

No contestaba. Permanecía impasible. Lo miraba. Se acercó a ella y recorrió todo su cuerpo con las manos. Esta continuaba en silencio. Algún suave gemido escapaba de su boca. Conocía cada centímetro de su piel. Cada giro de su silueta. Las curvas que dibujaban un cuerpo casi perfecto. La prominencia de sus pechos, la firmeza de sus piernas. Su calidez... Hacían el amor desde que eran casi dos niños. Juntos descubrieron el sexo. Se buscaban con pasión. El instinto los arrastraba a noches y días de lujuria y arrebatos de fogosidad. Gabrielle era la mujer más complaciente y entregada que Fabrice había conocido. La única capaz de hacer realidad cualquier deseo del francés. Nunca limitaba los caprichos de su amante. Por extremos o arriesgados que pudieran resultar. Derrochaba pasión y se entregaba a él sin pensar en nada más.

Era su secreto. Nadie conocía lo que había entre ellos. Se buscaban y siempre se encontraban. Nunca hablaban de amor, solo lo hacían. Sin pensar en nada ni en nadie más que no fuera ellos dos. A la menor oportunidad se abandonaban al placer del amor sin ropa.

Esa noche se amaron en silencio, pero con la misma intensidad de siempre. Entre los rincones del cuerpo de Gabrielle parecía esfumarse el recuerdo de Alicia.

Alicia se observaba en el espejo como si estuviera viendo a una desconocida. Reconocía cada gesto de su cara, cada mueca. Cada rincón de lo que observaba era suyo, pero algo había cambiado. Buscaba respuestas ante su propio reflejo. Toda la casa estaba en silencio. Se metió en la cama y vio todas las horas pasar. A las seis y media de la mañana cansada por no haber pegado ojo, sacó uno de los folios de la carpeta que tenía en el escritorio de su habitación. Uno de los que utilizaba para tomar apuntes en la Facultad. Dibujó una línea vertical con un boli que tenía la tapa mordisqueada. En la parte izquierda escribió: *pros*; y en la parte derecha, *contras*. Los *pros* eran solo uno, había dibujado un corazón con una cara sonriente al que le puso un tupé. Los *contras* daban la vuelta al folio. En esa parte se podían leer palabras como desconfianza, insensatez, riesgo, miedo, desconocido, mujeriego, mundos opuestos...

A las siete y media harta de tanto pensar se fue a la cocina y se preparó un café. Tardó justo una hora en tomárselo. Luego se metió en la ducha. Dejó que el agua cayera sin prisa. Su cabeza seguía pensando si a las doce acudiría a su cita o no.

A las nueve miró su armario y vio unos pantalones vaqueros y una camisa de seda. Se los puso y fue al armario de la entrada donde guardaba las chaquetas. Cogió un *blazer* que combinaba con toda su ropa. Por último hizo el ritual de los zapatos. Su zapatero estaba repleto de botas, botines, sandalias, zapatos de salón, manolequinas... Eligió unas sandalias de tacón muy fino que le había regalado su madre por Navidad. Eran las diez y ya estaba preparada. Solo le quedaba peinarse, perfumarse y decidir si iba a su cita o no.

Fabrice pasó la noche en casa de su madre. Pero no con ella. En cuanto despertó miró al otro lado de la cama y encontró el cuerpo de su secretaria. Al observarla recordó a Alicia. Pensar en ella lo hizo sentir el peor de los monstruos. Acababa de engañarla en brazos de otra mujer. Debía poner fin a ese juego instintivo. Apartarla de una vez y por siempre de su vida.

—Gabrielle, despierta. Necesito hablar contigo.

—Duerme un rato más.

—Esto es importante. Tenemos que hablar.

—¿No puede ser en otro momento?

—No. Ha de ser ahora. ¡Despierta de una maldita vez! Acababa de levantarle la voz. Nunca antes lo había hecho. Algo había cambiado.

—A ver di. ¿Qué es eso que no puede esperar?

—Necesito que te vayas. No quiero volver a verte. Esto que ha ocurrido esta noche no va a volver a pasar.

—Qué mal despertar tienes hoy. Dúchate y te relajas un poco...

—¡Gabrielle! Sal de esta cama. Fabrice tiró de la única sábana que cubría el cuerpo de su acompañante con tanta fuerza que sin querer esta terminó en el suelo.

—*¡Va te faire foutre!* —exclamó mientras se levantaba-

—Desaparece de mi vida.

—¡Estás loco! ¿Qué te ha pasado?

—Me cansas. Búscate una vida lejos de mí. Ya ni siquiera me atraes. Eres vulgar y sucia.

—*¡Ta gueule!*

La francesa le juró que se arrepentiría por haberla tratado así. Fabrice no le dio importancia y siguió con su vida. Esa que quería al lado de Alicia y comenzaba en su primera cita.

Conducía su coche cuando marcaban las doce y diez minutos. Llegaba tarde, pero sabía que se iba a encontrar con ella. No tardó más de cinco minutos en plantarse en la calle donde aguardaba Alicia con brillo en sus ojos verdes y sonrisa en sus labios carmín. La vio de espaldas y la reconoció al instante. Le pareció ver la silueta de la mujer más hermosa y elegante que había visto en su vida.

Bajó rápido del coche y fue corriendo hacia la mujer por quien estaba dispuesto a cambiar su vida. Ella seguía de espaldas y sin mediar palabra la abrazó. Alicia se asustó de lo repentino del abrazo, pero supo al instante que esas manos eran de Fabrice. La besó como si nunca antes hubiera besado a una mujer. Entre abrazos y un beso que parecía no tener fin empezaron a andar hacia el coche. Alicia estaba muy feliz y sentía que no se había equivocado. Se había enamorado y esta vez no buscaría excusas con las que distraer al tan temido amor.

—Alicia, ¿dónde vas? —preguntó Fabrice.

—¿¡Cómo qué dónde voy!? Me voy lejos de ti. Lo más lejos posible. A cualquier lugar donde me asegure de que tú no vas a estar.

—Lo siento, de verdad. Deja que me explique mejor, por favor.

—¿¡Qué te expliques mejor!? No quiero detalles, eh. Ten un poco de vergüenza. Me has mentido y te has reído de mí. Pero ahora vas a contarme un cuento de hadas y princesas porque tú eres el pluscuamperfecto del perfecto caballero. Todo tu ser rezuma bondad. ¡Anda, vete a la mierda! Desaparece de mi vida. Apártate y escúchame bien, nunca me vuelvas ni siquiera a mirar. No te cruces más en mi camino. Que la conciencia te sea leve.

Alicia cerró la puerta de un portazo que sirvió por despedida. Le temblaban las piernas y las manos. El corazón se le salía del pecho. Cada uno de sus latidos detonaba en sus oídos. Ensordecida por la confusión y la algarabía de sus apresuradas palpitaciones no tardó en darse cuenta de que Fabrice, el hasta entonces gentil y siempre amable Fabrice no la seguía. Sumida en su desolación esperaba poder estar equivocada. Quería, necesitaba que en ese momento alguien, no importaba quién, pero alguien parara el mundo para decirle que nada era verdad. Que lo había soñado. Que solo había sido un sueño, un mal sueño. Pero no. Caminaba sola. Dirigía sus pasos dirección al olvido, no sin antes buscar cobijo en uno de sus amigos. Debía volver a casa y llamar a Ryan. Esta vez era ella la que necesitaba consuelo. No tenía palabras. No sabía qué hacer.

La calle por la que andaba parecía distinta. Era curioso ver como todo seguía en su sitio, pero nada estaba en su lugar. En las inmediaciones de la catedral solía ponerse un mimo al que rodeaban siempre algunos niños y unos adultos que buscaban volver a ser lo que un día fueron. Pocos pasos más adelante estaban Juan el acordeonista y Sara con su armónica. Al otro lado, justo enfrente de la fuente se sentaba una joven para pasar las tardes enteras con la vista clavada en un cuaderno. Y entre sus dedos, una pluma de punta dorada con la que pudiera ser que escribiera una historia, su propia historia.

Cada vez que pasaba y los veía, Alicia se quedaba un rato callada, en silencio... Admiraba la valentía y la dignidad de sus trabajos. Trataba de imaginar cómo eran sus vidas cuando no estaban pintando las aceras con su arte. Algunas veces se preguntaba si los artistas dejaban de serlo en algún momento. Tenía que haber algún modo de poder hablar con ellos y preguntarles. No iba a ser solo mirarlos. Que fue de tanto mirarlos que le surgió un día la necesidad de conocerlos. Ese día los ojos de Alicia no conseguían ver a ningún artista, pese a que ellos estaban como cada tarde en el mismo lugar de siempre.

Deseaba, como se desea lo que se quiere de verdad y más que a nada llegar a casa. A su fortaleza blindada. A su castillo desencantado donde toparse de bruces con la nueva realidad, que no era otra que sentirse hecha un trapo. El motivo por el que había pasado de ser la reina a ser un triste retal sin corona era muy evidente y muy francés. Odiaría con todas sus ganas y por el resto de su vida todo aquello que tuviera que ver con el parisino.

Nada más abrir la puerta de casa vio sobre el mueble de la entrada una rosa. La que la noche anterior le había regalado Fabrice. La maldijo. La rompió y le echó tal maldición que más parecía una gitana a la que le acababan de robar la última cabeza de ajos en un mercadillo ambulante que la propia Alicia Maldonado. La flor fue así testigo del mejor momento habido entre los dos y del trágico final con «*floricidio*» incluido. Mientras llevaba a la maltrecha rosa partida a enterrar entre residuos orgánicos y otros no tanto, sonó su móvil. Era Ryan Brown.

—Ryan, ¡qué bien que me hayas llamado!

—¿Sí? Pues lo he estado pensando mucho. No quería molestar, pero necesito del verbo necesitar que me lo cuentes todo. Con todo me refiero a que no respires mientras hablas. Quiero los detalles de los detalles. Anda, casi se me olvida, ¿te cojo en buen momento?

—¡Ryan, qué ganas de oírte!

—A mí me tengo muy oído. Hoy eres tú la oradora principal te concedo el honor. ¡Uff! Qué mal me ha sonado esto. Tú me entiendes, ¿verdad? Alicia, ¿estás ahí o se ha colgado?

—No, no se ha colgado, aquí sigo.

—Oye, a todo esto, ¿dónde estás?

—Estoy en casa. Acabo de entrar.

—¿Y el tupé con patas dónde está? ¡No me digas que está ahí! ¿Por qué no lo oigo? Dile que no tienes laca, gomina, ni gel fijador que me muero de ganas de oírlo gritar.

—Qué tonto eres. Pero sabes hacerme reír.

—A él no lo oigo, pero a ti sí y al menos que me digas que estás acatarrada en veinte minutos estoy en tu casa.

—Gracias, Ryan. Te espero. Conduce bien y no dejes la moto en la puerta del garaje, acuérdate de la última vez...

—Veinte minutos y estoy ahí. Aparcaré como si fuera un señor mayor con su Vespino Piaggio. Hasta ahora.

Colgó el teléfono con mucha prisa y no pudo oír como Alicia le volvía a dar las gracias y se despedía de él por un momento. Cosas de Brown. Ella tenía dos maneras con tonos y nombres diferentes para referirse a su amigo. Cuando hablaban de cosas que no tenían importancia o simplemente se divertían se dirigía a él como Brown. Él se dio cuenta durante la corta charla telefónica que su amiga le había llamado Ryan hasta en tres ocasiones.

Alicia miró el reloj que cuelga de la pared. Ese que su madre le compró del rastro y estuvo dos semanas arreglando y puliendo. Todo con tal de dejarlo perfecto para su hija. Cuando lo encontró entre tantos montones de cosas pensó: «Este va a ser para Alicia». Y no se equivocó. Aunque Alicia suele

llevar reloj de muñeca siempre estira el cuello para buscar la hora en ese.

Faltan veinte minutos para las seis. Está a punto de llegar Ryan: raudo, veloz, puntual y con el *TOC Brown*, que es ese Trastorno Obsesivo Compulsivo de Brown por hacer locuras.

Las seis en punto. Mi reloj es igual de puntual que aquel de la Torre del Palacio de Westminster en Londres. Y no me extrañaría nada que mi madre también le hubiera incorporado por la retaguardia su conocida campana Big Ben. Tendríamos que escucharlo entonces.

Ya ha llegado. Avisa de su llegada haciéndola épica y memorable.

De momento no escucho, ni veo a nadie quejarse por los pitidos de la moto. Puede ser que el bueno de mi amigo haya concentrado a un grupo de voluntarios que quieran someterse gratis a unos estudios alternativos sobre las audiometrías y su incidencia en el mundo actual...

Alicia se preparaba para aparentar que no le había hecho tanto daño lo que supo de Fabrice e intentaría continuar con sus bromas. Era propio de ella. Si estaba haciendo muchas tonterías o se iba por las ramas, solo podía significar que ni estaba bien ni quería hablar sobre lo que fuera que la hacía sentir mal.

Suena el timbre de casa. ¡Por fin! Alicia va rápida a abrir con tropiezo incluido.

—¡Ryan! qué bien. Ya estás aquí. Te voy a secuestrar y más o menos en cuarenta días tendrás uno de esos de estocolmo por mí que no te lo podrás quitar nunca jamás de encima.

—¿Cómo, qué me has traído a algún amigo tuyo de Estocolmo que no me lo voy a poder quitar de encima? Pues nada, tú me lo presentas y ya te digo yo quien de los dos se pone encima y ya para los restos... ¡Qué fatiga me está entrando, Alicia! Tú sabes que yo te quiero y que somos amigos, pero de tríos y cuartetos con el tupé con patas nada de nada, eh. ¡Y que me entere yo que te lo ha propuesto! Porque no lo acabo de entender, pero vamos, de esta lo calo y con media hostia bien dada lo mando de vuelta para su casa. Amén he dicho. ¿Tú me has escuchado, Alicia? A ti se te respeta. A ti, sí. Que te lo has ganado cada día de tu vida. ¿Y él, aparte de dinero, coches y mujeres qué tiene? Los valores Alicia, los valores son lo más importante, seas hombre o seas mujer, ¿el tupé tiene de estos últimos o no?

—Ryan, te oigo y me viene a la cabeza un capítulo de "Palabra de Gitano". Qué conservador me has salido así de repente, como si nada. No te preocupes por cómo es Fabrice porque ya no estoy con él.

—¿Cómo!?

Ryan se quedó perplejo. Miraba desconcertado pero muy atento con sus ojos azules clavados en las brillantes de tan lloradas pupilas de Alicia. La observaba con cariño y con ganas de abrazarla. Esperaba poder escuchar qué habría pasado para que lo que parecía la historia más bonita hubiera acabado como indicaban los ojos de Alicia.

—Sí. Se acabó. Si es que algún día empezó algo. Me engañó. No esperó ni a saber cómo era yo antes de irse con otra mujer.

—¿Con otra mujer? No puede ser. ¡Se ha liado con otra estando en Sevilla! Por Dios, si llevaba dos

días. Qué cerdo. Porque me lo cuentas tú, sino creería que es otro chisme de revista. ¿Estás segura, Alicia? Si es que no le ha dado tiempo. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó él.

Un silencio sacudió la habitación. Un silencio que duró la eternidad que pasa entre que te quedas sin palabras y una mosca entra por la ventana y se sienta sobre tu nariz. Ryan se rascaba la nariz y disentía con la cabeza que ladeaba de izquierda a derecha sin mediar palabra. La mosca tuvo a bien abandonar la habitación. Ryan seguía callado. Alicia siguió contándole a su amigo lo que le había contado Fabrice. Mosca mediante, prosiguió con las palabras con las que había comenzado.

—Me lo contó él. Me dijo que se había acostado con su secretaria.

—¡Con su secretaria! Pero eso sería antes de conocerte, mujer. Es normal que alguien como él tenga mujeres a su alrededor. Seguro que a su secretaria la escogió de un catálogo de modelos. Lo encuentro muy de paletos esto de acostarse con su secretaria. No me imaginaba que alguien como él tuviera necesidad de ser tan gañán, tan zafio, tan cateto... en fin. Pero bueno eso quedó en París. Ya ves, la Ciudad de la Luz «la Ville lumière» y este experimento de neandertal cruzado con rata nepalí lo convierte en la ciudad de: «Me acuesto con mi secretaria como si fuera Tomás, de *Talleres Tomás*». Muy idílico todo. Cuánta basura mental anida en la mente de algunos hombres. No sé con estos datos por qué me siguen gustando. Lo siento Alicia, me pongo a hablar y ni escucho ni ayudo.

—Sí que me ayudas tonto, sombrerero loco de tanto inhalar mercurio, sí que me ayudas. Siempre me ayudas, sobre todo cuando empiezas a filosofar en plan folclórica trasnochada. ¿Cómo lo has llamado, experimento de neandertal qué...?

—Ya no me acuerdo. Rata inmunda. Es una rata inmunda... ¿Cómo no iba a serlo si me pidió un ron con coca cola? Siento dolor al recordarlo. ¡Tosco, zafio, gañán, garrulo, hortera...! A su casa. Tarjeta roja. Expulsado. No queremos saber nada más de ese tupé con patas. Por cierto, ¿se depila?

—¡Ryan!

—¿Qué? no sé. Es por atar cabos.

—¿Qué cabos? Eres muy chismoso. ¿No has dicho que se acabó hablar de él?

—Bueno, bueno... seguro que lleva un matojo sin podar capaz de asustar al mismísimo Chewbacca.

—¡Ryan!

—Te estás riendo, Alicia. Te estás riendo. Tierra llamando a Wonderland. Alicia está volviendo.

—Pero, ¿cómo no me voy a reír si no paras de decir burradas?

Ryan va al cuarto de baño, busca dentro del armario que hay encima de la pila del lavabo y encuentra un gel fijador de espuma. Se echa medio bote encima y sale al salón.

—Hola, soy Fabrice. Llevo tres litros de laca *Nelly* y bebo ron con Coca Cola. Me acuesto con mi secretaria Leovigilda y no salgo de casa sin mi tupé. No tardo en hacérmelo porque de pelo voy más que sobrado. Mi primo Chewbacca es mi estilista. Sígueme en Facebook.

—¡Jajaja! Qué bruto eres.

—Lo suyo sería inflarnos a helado y grasas *trans*, pero lo nuestro será tomarnos dos bebidas curativas «made by Ryan Brown».

Mientras él se instala en la cocina, Alicia se sienta en uno de los dos taburetes.

—Albahaca, necesito albahaca. Albahaca, azafrán y cardamomo. Al súper ¡Qué despensa más triste, amiga! Debe estar más nutrida la máquina de refrigerios de cualquier tanatorio.

Los dos amigos bajan a la calle en busca de lo necesario para aderezar la bebida. El supermercado más cercano está a trescientos metros. Caminan entretenidos y cómplices de su amistad, que entre confesiones parece haberse hecho más fuerte. De repente, Alicia empieza a reír sin poder parar. Ryan no deja de preguntarle de qué se ríe. Sus gestos indican que no es nada, que continúen. Él no está tranquilo e insiste en preguntar a cada paso. Ella no deja de reír a carcajadas e insiste en continuar la marcha entre el eco de sus risas. Todo es diversión. Al final de la calle ven a un chico de espaldas. Alicia deja de reír porque cree haber visto en él a Fabrice. Está en lo cierto. Fabrice la está buscando. Cuando advierte de que se trata del francés estira con todas sus fuerzas el brazo izquierdo de Brown, obligándole a girar todo su cuerpo y andar en dirección contraria.

—¿Qué haces? —pregunta Ryan sorprendido.

—Vámonos. Es Fabrice. Lo acabo de ver. Está al final de la calle.

—No. No nos vamos. Que se vaya él.

—Ryan, por favor. No me lo pongas más difícil.

—Está bien. Nos vamos. Pero yo no huiría de una rata. Que se vaya él, ¿estás segura de que no quieres volver a verlo? porque si está aquí es que te está buscando y a lo mejor podéis hablar.

—No. No tengo nada más que hablar con él. Vámonos por favor.

Fabrice también los ha visto y no tarda en hacerse oír:

—¡Alicia! ¡Necesito hablar contigo! Por favor...

—Corre, Ryan, corre.

—Alicia me da pena, míralo, parece un perrito mojado detrás de su dueño, ¿no puedes hablar con él?, ¿quién no se ha tirado a su secretaria? Yo porque no tengo, pero en cuanto tenga...

—Ryan, por Dios, si eres gay...

—Sí, Alicia. No se me ha olvidado. Pero qué pasa que los gais no podemos tener secretaria, ¿verdad?

—Ryan, por una vez en tu vida, sé serio y corre.

—¡Uy! qué mal le está sentando a alguna la infidelidad...

—Un día te mataré, y lo sabes. Mientras tanto huye.

—Mira qué mono, como corre detrás de nosotros. Si hasta se le ha caído el tupé. Gírate y dime que no te da pena.

Fabrice logra alcanzarlos. Coge del hombro a Alicia con la intención de que se detenga y poder así hablar con ella. Pero, al ver a Brown su cara cambia. Brown ha salido de casa hecho una caricatura del francés. Al darse cuenta, Fabrice, da media vuelta y se marcha.

—¡Oh! ¡Qué grosero! ¡Hay que ver qué manía me tiene! —replica enfadado Brown.

Alicia peina con sus dedos el pelo de su amigo mientras lo mira con cariño.

—¡¡¡No!!! Dime que no he salido de tu casa disfrazado de él. Dime que no he bajado así a la calle.

—Lo siento, Brown. Cosas de tener prisa.

—Dime al menos que estoy guapo.

—Estás muy guapo, Ryan. Tanto que por ahí marcha un hombre hundido en su ego al no saberse tan guapo como pensaba. Y todo ello por tu culpa.

—Alicia, sabes que eres mala, ¿verdad? Pero por estas cosas te quiero. Venga, vamos a por mis especias, ¿o ya no te apetece?

—¿Cómo qué no? Este será nuestro momento. Brindaremos por este hecho insólito, raro y paranormal que hemos vivido. Habrá que ir pensando en tener hijos para que se reproduzcan y poder contar esta historia a nuestros nietos miles de veces.

Al otro lado de la calle ven una tienda nueva. En su rótulo se puede leer: «*Aromas exóticos*». Brown se pregunta cómo es posible que no supiera de la existencia de una tienda de esas características. Es justo lo que estaban buscando.

—¿El cardamomo, por favor? —Ryan pregunta al empleado de la tienda donde acaban de entrar.

—En el segundo pasillo —responde el chico amablemente.

—¿Y la albahaca? —pregunta Brown desde el segundo pasillo.

—Al otro lado, justo en el tercer pasillo. Junto al resto de las otras especias iraníes —responde el dependiente.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Ryan en voz baja a Alicia.

—Yo qué sé, Ryan, date prisa que me estoy mareando con tanto aroma exótico.

—Alicia, hemos muerto y estamos en el paraíso afrodisíaco de las plantas elegidas.

—Tú ves... date prisa que te está dando el subidón.

—Azafrán. No encuentro el azafrán. ¡Disculpa! —grita Brown ensimismado dirigiéndose al chico de la tienda—¿El azafrán?

—Todavía no nos ha llegado —le responde este.

—Sí. Seguro que tienes —Se acerca a conversar con el empleado de la tienda— Verás, me refiero a unas hebras de azafrán para mis cócteles.

—Sí, claro. Sé a qué se refiere. Me encanta el aroma de esa especia. Es mi favorita. Pero lo siento, todavía no estamos en temporada.

—No sabía que el azafrán tenía temporada.

—Aquí solo vendemos un azafrán con denominación de origen griega. El que les comentaba. Nos llega cada año de nuestro proveedor en Kozáni cuando llega la temporada de la recolección que suele ser a principios de octubre. Aunque si no les importa tanto la calidad, en cualquier otra tienda podrán encontrar hebras de esa especia. E incluso sé dónde venden azafrán de igual calidad, pero distinto origen. Si quieren les anoto la dirección de la tienda.

—¿Será azafrán iraní? —pregunta Ryan haciéndose el entendido. Demasiado ha estado aguantando el tipo con todo lo que es él.

—Sí, exacto. En la tienda que les digo tienen azafrán de distintos orígenes y también gran calidad. Y trabajan con azafrán español. Mi madre lo prefiere por encima del resto. Yo mismo les suelo comprar. A cada paladar, una especia.

—Tienes toda la razón. Yo trabajo haciendo mis brebajes étlicos y no creas que se me da mal. Lo único es que no es tanta mi pasión como para elegir incluso el origen y procedencia de cada especia que uso. Lo que el proveedor de la sala donde trabajo trae me suele servir. Trabajo haciendo cócteles para poder hacer realidad mi verdadera pasión: el surf. Ahí te entiendo. No hay dos olas iguales, ni dos tablas iguales, y lo más importante, no hay dos surfistas iguales ¿Y del azafrán decías que os lo traen de dónde?

—De Kozáni, de Grecia. Miren, les dejo aquí un folleto con toda la información, por si les interesa.

—Muchas gracias, has sido muy amable. Vendremos más veces, seguro. Cóbrate la albahaca y el cardamomo, por favor.

Se despidieron del dependiente que con tanta amabilidad les había atendido y emprendieron el corto camino de vuelta a casa. Brown llevaba la bolsa con todo lo que habían comprado en la tienda. Al ir a cerrarla recordó que se había dejado la cartera dentro del establecimiento.

—Alicia, vuelvo a la tienda. Que con tanta charla me he dejado olvidada la cartera y creo que las llaves de tu casa también. No tardo nada. En nada estoy aquí. Y al volver te contaré mi plan: nos vamos a Grecia. Tú a olvidarte de Fabrice y yo a por la especia que me hará ganar este año el campeonato nacional de coctelería. Ryan Brown no puede volver a quedar segundo nunca más.

—Anda. Pero no tardes mucho, por favor, que te conozco. No vayas ahora a hacerle toda la explicación sobre cómo quedaste segundo en el campeonato del año pasado y que para la próxima vez piensas ganar con su azafrán griego.

—Solo le preguntaré cómo se llega a ese lugar. Y cogeré los folletos que nos había dado porque seguro que tú no los has cogido... ¡Ay! Tengo que estar en todo. ¡Adiós, Sevilla!; ¡hola, Kozáni! Necesitaremos un diccionario de griego. Ve apuntando, Alicia. Un diccionario, una guía de Grecia porque a mí me sacas del yogur y las ruinas y me pierdo. ¿Qué más? Bueno, ahora vengo.

—Ryan...

—Dime, ¿qué quieres?

—Estás loco, lo sabes, ¿no?

—Te equivocas. Estamos locos los dos. Somos Alice in Wonderland y el sombrerero. Misión: Grecia.

Al minuto un frenazo en seco en mitad de la calle hace tambalear el cuerpo de Alicia. Algo ha pasado. Decenas de pitidos se afanan en anunciar lo irremediable. Los coches se detienen. Unos en la calzada, otros sobre la acera. Algunos esquivan el accidente y prosiguen su marcha. La multitud aparece de entre la nada y se agolpa alrededor del cuerpo del joven inmóvil sobre el asfalto. Algunos, los más curiosos y faltos de pudor, se afanan en capturar fotos con sus móviles. Alicia sabe que ese chico tendido sobre asfalto es su amigo. Entre los gritos y la multitud de gente que va llegando por momentos, parece inaccesible poder llegar hasta Ryan. Alicia pide paso. Nadie le hace caso. Cada uno está a lo suyo, pero nadie está a Ryan. Alicia pide a gritos una ambulancia. Una señora mayor le dice que ya está de camino. Sigue intentando acercarse.

—Apartad, dejadme verlo. Es mi amigo. Ryan, ¿estás bien?, ¿puedes oírme? Apártense todos, por favor. Es mi amigo. Déjenme verlo. Ryan, estoy aquí —exclama a gritos Alicia.

Por fin consigue llegar a su lado. Le besa la frente. Está pálido. Pálido e inconsciente.

—Que alguien traiga un médico —grita Alicia desesperada. La voz de Alicia se va apagando entre gritos y llantos. A lo lejos, entre los curiosos que se cuentan por decenas, se oye una voz:

—Soy médico, déjenme pasar.

Fabrice ha llegado y está junto al cuerpo tendido de Ryan. Alicia presa de la confusión y la desesperación de la situación ni siquiera lo reconoce. El francés comprueba el pulso de Ryan y es en ese momento en el que Alicia se da cuenta de quién es el médico.

—¿Se pondrá bien? —le pregunta Alicia.

—Todavía no lo sé, Alicia. Ayúdame, háblale, a ver si te reconoce. Yo, mientras tanto, le inclinaré la cabeza y el mentón con mucho cuidado.

Alicia le hablaba, pero Ryan no contestaba. Fabrice pellizcó una de sus mejillas, pero tampoco respondió. La ambulancia no llegaba. El caos se estaba apoderando del momento y del lugar.

—Le haré unas compresiones torácicas y le insuflaré aire desde mis pulmones. Alicia, asegúrate de que la entrada para la ambulancia está despejada. Venga, ¡Ryan Brown, respira!

El francés seguía con los primeros auxilios. Alicia se sentía un poco aliviada pero no lo suficiente porque no veía despertar a su amigo.

—¡Hay latido! —exclamó el francés. ¿Brown me oyes? Soy Fabrice. El que te va a matar cuando te acabe de resucitar.

Ryan abrió los ojos. Volvía a tener latido. Fabrice lo había reanimado. Lo había salvado.

—Ryan, ¿me oyes? soy Alicia. Estoy aquí. Estoy contigo. Te vas a poner bien. Fabrice te ha salvado. Van a subirte a la ambulancia. Yo voy contigo.

Los médicos, ayudados por Fabrice, subieron a Ryan a la ambulancia. Alicia fue con ellos.

—¿A qué hospital lo lleváis? —preguntó Fabrice al equipo médico.

—Aquí cerca. Está al otro lado del río, lo tiene indicado —respondió el conductor de la ambulancia mientras terminaban de colocar a Brown en el interior.

Sonaban las sirenas y el bullicio de la calle resultaba atronador. Unos inventaban detalles para hacer más impresionante lo que allí había ocurrido; otros contaban lo que habían visto sin más y todavía perplejos; otros enseñaban las fotos que habían capturado con sus teléfonos móviles. La gente seguía acudiendo como si se tratara de un concierto o de una verbena. Todos querían saber qué había ocurrido en esa calle a las 19:20 de un lunes de finales de septiembre. Suerte que los agentes de policía conminaron a los curiosos espectadores a abandonar el lugar y disolver el corrillo que, de manera espontánea habían organizado a tenor del accidente.

La ambulancia se detuvo en la puerta de urgencias del hospital. Habían llegado allí en menos de cuatro minutos. Ahora era el momento de bajar con mucho cuidado a Brown que seguía tumbado en la camilla. Las ruedas de esa camilla debían conocer un sinfín de historias; unas con un final feliz; otras, verdaderas tragedias, ¿qué tipo de historia arrastraban esas ruedas esta vez...?

—Señora, usted baje en cuanto bajen la camilla de su marido —exclamó uno de los técnicos.

Alicia se convirtió de este modo y por unos momentos en la señora de Jesús López. Ella pensaba lo divertido que le resultaría a Brown ver en su muñeca una pulsera con sus verdaderos datos personales. Despertar de la anestesia primera que le habían puesto dentro de la ambulancia y leer: Jesús López. No iba a ser de su agrado y Alicia lo sabía, pero no pudo mentir al enfermero que preguntaba por los datos personales de la víctima, los datos personales de su amigo. La cartera de Brown seguía en la tienda. Su documentación y sus llaves seguirían en aquella tienda.

El médico de la ambulancia empujaba la camilla por el interior del hospital con mucha determinación y rapidez, al tiempo que iba hablando clamaba:

«Varón. Veintitrés años. Atropellado en la vía pública por un vehículo. Practicada reanimación cardiopulmonar con éxito. Presenta traumatismo craneoencefálico, múltiples contusiones, un brazo y varias costillas rotas. Necesita urgente una placa de tórax y de abdomen»

—Nos lo llevamos al Box —dijo el médico que lo iba a atender en el hospital.

—¿Puedo ir con él? —preguntó Alicia.

—No, señora. Los familiares no pueden pasar. Acompañe a la enfermera, por favor.

La enfermera la acompañó hasta una sala de espera para familiares. La ayudó a sentarse y trató de calmarla. Le ofreció un vaso de agua que ella muy amable aceptó.

Alicia pensaba en cómo poder informar a la familia de Ryan. Era poco lo que conocía de ellos. Sabía que tenía una hermana que vivía en Granada con su marido y sus dos hijos. Entonces pensó en el móvil de Ryan. En su teléfono olvidado en la tienda encontraría lo que necesitaba. Se preguntaba qué querría Ryan que ella hiciera en este momento. Pero... ¡Quién planifica esto! ¿Hay alguien preparado para pasar por estos momentos? Alicia no lo estaba. Pero ahí seguía. Continuaba a su lado. Solo abandonaría ese hospital si era cogida de la mano de su sombrerero. Las circunstancias la llevaban de un lado a otro teniendo que tomar decisiones en escasos minutos. Para el personal del hospital ella era su mujer. Alicia no lo negaba. Pensaba que quizás así la dejaran pasar donde estaba Ryan, o tal vez la pudieran informar de otra manera al tratarse de su mujer. La simpleza no era una cualidad acertada para entender la amistad entre Ryan y Alicia. Pero eso no lo sabían los médicos, ni ninguna persona que no supiera qué era y dónde estaba Wonderland, su Wonderland, el de ellos, el de los dos.

—¡Alicia, por fin te encuentro!, ¿dónde está Brown? —preguntó Fabrice.

—Fabrice... Ryan está dentro. El médico mencionó un box.

—¿Pero está aquí, en esta parte de urgencias?

—Sí, claro. Ahí —Alicia señalaba una puerta grande de color blanco que se abría de vez en cuando — Hace unos diez minutos que lo entraron, ¿tú no puedes pasar y ver cómo está? Tú lo reanimaste. Díselo, Fabrice, díselo a quien sea y entra a ver a Ryan. Necesito saber que está bien. Fabrice, por favor, entra. Busca a Ryan. A mí no me dejan pasar. Fabrice, por favor, abre esa puerta.

Alicia se echó a llorar en brazos del francés. Estaba desesperada. Desesperada y muy asustada. Fabrice la abrazaba con sus ojos puestos en aquella puerta blanca que le había dicho Alicia.

En ese momento un hombre atravesó esa puerta. Vestía de verde. Empujó la puerta con los

antebrazos. Entró con mucha prisa hacia el lugar donde seguía Ryan.

—Fabrice, alguien ha entrado, ¿lo has visto?

—Sí, Alicia. Lo he visto. Es el cirujano.

—¿Un cirujano para qué? Si ya estaba consciente, ¿recuerdas? Lo despertaste tú. ¿Para qué necesitan un cirujano?, ¿por qué no nos informan?

—Ven. Vamos a hablar con alguien.

—Buenas tardes. Soy Fabrice Dumont. Realicé la maniobra de reanimación cardiopulmonar al chico que acaba de entrar en el box. Necesitamos que alguien nos indique qué ocurre. Hemos visto entrar al cirujano de guardia... Si es tan amable de llamar a alguien o usted misma puede darnos alguna información, les estaremos muy agradecidos —interpeló Fabrice a la enfermera. La que antes había acompañado a Alicia hasta la sala de espera.

—Sr. Dumont, como le hemos dicho a la mujer del señor López no me está permitido dar ninguna información sobre el estado del paciente.

—La mujer del señor López debe de estar esperando noticias de su marido al igual que nosotros, pero yo le pregunto por Ryan Brown.

—En el box número dos se encuentra el marido de su acompañante, el señor Jesús López —confirmó la enfermera.

Fabrice se quedó atónito. No daba crédito. No entendía nada. Solo miraba a Alicia.

—Vamos, Fabrice. Ya nos dirán algo. No creo que tarden mucho —le dijo Alicia cogiéndolo por el brazo.

—Alicia, ¿Ryan Brown es Jesús López?, ¿y tú eres su mujer?, ¿eres la mujer de Brown, que ni siquiera se llama así...? No entiendo nada.

—Brown y yo no estamos casados. Lo dieron por hecho los de la ambulancia, y al entrar en el hospital siguieron tratándome como su mujer. Yo callé y no lo desmentí, pensando que tal vez así tuviera más derechos, ¡qué sé yo! me estoy muriendo de miedo, de pena, de dolor, y nadie me dice nada. ¡Nadie me dice nada!

—Cálmate, Alicia. Te tienes que calmar. Todo va a salir bien, ¿está claro? te lo prometo. Todo va a salir bien. Solo hay que esperar. Los médicos saben lo que tienen que hacer.

—¿Cómo puedes saber que todo va a salir bien?

—Si ha de salir bien, saldrá bien. Y ha de salir bien. Confía en mí. He visto sus ganas de vivir y la voluntad que tiene. Saldrá adelante. Estoy seguro.

Alicia escucha unos pasos y piensa que será por fin algún médico con noticias de Ryan. Corre hacia la escalera de donde provienen las pisadas. Para su sorpresa no se trata de ningún médico, ni siquiera es un empleado del hospital. Es el chico de la tienda. El chico de la tienda acaba de llegar al hospital.

—Soy Alicia, vienes buscando a Brown, ¿verdad? —le pregunta.

—Sí, soy Fabián, el chico de la tienda. Tu amigo se dejó olvidados la cartera, el móvil y las llaves. Vengo a traérselos y a preguntar por él, ¿cómo se encuentra?, ¿está bien?

El chico de la tienda le entrega las cosas a Alicia, y observa cómo y cuánto le tiemblan las manos a esta. En cuanto coge la cartera de Brown no puede evitar llorar. Al tiempo que busca un lugar donde quedarse asolas con las cosas de su amigo.

—Gracias, Fabián. Disculpa a Alicia. No sabemos nada de él. Hace poco entró un cirujano. Pero a nosotros todavía nadie nos ha dicho nada. Muchas gracias por haberle traído las cosas. Seguro que te lo agradecerá en cuanto esté bien y se pasa a verte —le expresó Fabrice.

—Bueno, no quiero molestar. Espero que se ponga bien muy pronto. Me marcho ya. Dígale a Alicia que me he ido ya y que siento muchísimo lo ocurrido.

—Por supuesto. Ve tranquilo. Y gracias.

Fabrice estrecha la mano del chico de la tienda y le da de nuevo las gracias por traer con tanta premura y gentileza las cosas de Brown. Tras despedirse de él, va en busca de Alicia. No debe andar muy lejos. Ha sido demasiado duro para ella, y es normal que haya necesitado estar un momento asolas con las cosas de Brown. Son estas últimas palabras las que Fabrice no deja de repetirse a sí mismo mientras continúa buscando a Alicia por la zona en que la vio la última vez, hace cosa de cinco minutos. Por más que la busca no la encuentra y empieza a ponerse nervioso. Es muy raro que ella haya abandonado el hospital, así por las buenas. Se dirige hacia el lugar donde sigue la enfermera con la que había hablado antes para preguntarle por Alicia:

—Disculpe, ¿usted no ha visto dónde ha ido la chica que estaba aquí conmigo? La estoy buscando por toda la zona, pero no doy con ella. No sé dónde ha podido ir.

—Quédese tranquilo. Me dijo que necesitaba telefonar y me preguntó si había algún lugar donde poder hacerlo más tranquila. Yo le dije que en la primera planta de ingresos hay un rincón alejado de todas las habitaciones donde se puede tomar café, leer el periódico y llamar por teléfono desde una cabina. Supongo que allí la encontrará.

—Muchas gracias, muy amable. Una cosa más...

—¿Sí?

—¿Por dónde se va a esa planta?

—Es muy fácil. No tiene pérdida. Coja el ascensor que ve al fondo del pasillo y vaya a la planta baja donde está administración. Allí verá tres ascensores. Cualquiera le sirve.

—Gracias. Es usted muy amable.

—No hay de qué, hombre. Recuerde estar tranquilo para transmitírselo a ella que, a fin de cuentas, es quien peor lo está pasando. La muchacha está muy mal. Son muy jóvenes. Es una tragedia lo que ha ocurrido. Hay que tener Fe. Le pediré a mi Judas Tadeo por ellos. Ande, vaya con la muchacha.

Fabrice recorrió el camino que la enfermera le había indicado. En cuanto salió del ascensor vio a lo lejos a una mujer que parecía hablar por teléfono. Andaba de un lugar a otro con la mirada perdida en el suelo. No tenía ninguna duda. Se trataba de Alicia. La reconocería en cualquier lugar. Se moría de ganas de poder abrazarla. Abrazarla y cambiar lo ocurrido para que volviera a ser la misma que él conoció. Y lo más importante, Brown siguiera andando por la calle riéndose de él. Pero no. Allí estaba. Viendo como la única mujer por la que daría su vida solo pensaba en dar la suya por salvar a un amigo. Alicia lo había visto, pero al verlo su cara no había cambiado en nada. Lo miró del mismo modo en que momentos antes había estado viendo el suelo. No podía hacer nada. Ni siquiera sabía si ella quería que él estuviera allí. Se acercó a la joven entre el miedo y la necesidad de acompañarla. Buscaba sus ojos intentando averiguar si ella lo quería allí o no. Entre tanto ella seguía al teléfono. Él oía cada una de sus palabras y la forma en que comunicaba a un padre que su hijo estaba siendo operado de urgencias. La oía, la miraba y no hacía otra cosa que quererla más. A los pocos segundos, Alicia colgó el teléfono.

—No puedo, Fabrice. No puedo.

—Sí puedes. Te he escuchado.

—¿Y Brown, él puede... podrá?

—Tiene que poder.

Fabrice se acercó a Alicia y la rodeó con sus brazos. Peinó su pelo y acarició su cara. Para luego volver a abrazarla. Sus piernas le temblaban. Solo la esperanza la mantenía de pie. Una esperanza que a veces venía y otras se desvanecía. Juntos volvieron a la sala de espera de urgencias. Al verlos llegar la enfermera los paró y les informó de que la operación había terminado.

—¿Ha salido bien?, ¿dónde está?, ¿puedo verlo? —preguntaba Alicia impaciente y de nuevo esperanzada. Fabrice, ya está. Ya lo han operado. Seguro que dentro de poco vuelve a hacernos reír.

El joven observaba a la enfermera y se angustiaba por momentos. Algo malo había pasado. Esta contestó a Alicia mirándolos a los dos:

—Enseguida saldrá el doctor a hablar con vosotros. Esperad aquí los dos, por favor.

—¡Mira, Fabrice, ya sale alguien! Será el médico que ha operado a Brown. ¡Qué ganas tengo de verlo!

—Buenas noches. Lamento mucho tener que decirles esto, pero Jesús no ha superado la operación —sentenció el médico.

—No ha ido bien, ¿entonces qué van a hacer?, ¿dónde está?, ¿puedo verlo? —preguntó Alicia.

El médico miró a Fabrice. Este había entendido la situación y debía hacérsela entender a Alicia.

—Si necesitas algo estaré en ese pasillo. Lo siento mucho. Tienes que ser fuerte. Por ti y por él. No lo olvides —le dijo el doctor a Alicia con todas las muestras de cariño que parecía guardar para casos como este.

—¡¡¡No!!! No es verdad. No puede ser. Hace un rato nos estábamos riendo. Déjeme verlo. Será una broma suya. Se estará haciendo el dormido. Él es muy bromista, ¿sabe? en cuanto me vea se despertará, ya verá.

—Alicia... Es muy doloroso, pero Ryan ha muerto —le dijo Fabrice.

—¡No! No ha muerto. Tú lo has matado. ¡Tú! Si no hubiera sido por tu culpa yo no lo habría llamado y entonces él no habría venido a mi casa, ¡Y nunca habríamos ido a esa tienda! ¡Tú tienes la culpa de todo! Te odio. Te odio como jamás he odiado a nadie. Me odio a mí por haberte conocido a ti. No quiero volver a verte en mi vida. ¡Vete! ¡Fuera de aquí!

Fabrice se marcha. Se marcha solo, cabizbajo y sin despedirse de nadie.

En ese mismo instante alguien abraza a Alicia. Es María. Su amiga acaba de llegar. Por fin está con ella. Ha venido acompañada de Dani, su pareja.

—María, Brown se ha ido. No va a volver —le cuenta Alicia entre lágrimas.

—Lo siento mucho, Alicia. No sé, ni me puedo imaginar cómo te sientes, pero aquí estoy contigo. Me tienes para lo que sea. Lo echaremos mucho de menos. Espero que algún día puedas contarme cómo tuviste la suerte de conocerlo y quererlo tanto.

Daniel también trata de reconfortar a Alicia y los tres se quedan hablando.

De repente, Alicia levanta la mirada y ve a dos personas. Un señor y una señora cogidos de la mano. Debían de ser los padres de Brown. Sin pensarlo se dirigió hacia ellos y se presentó:

—Soy Alicia. Ustedes son los padres de Jesús, ¿verdad? —pregunta con voz temblorosa y llena de lágrimas.

—Sí. Somos nosotros. ¿Qué pasa? ¿Dónde está nuestro hijo? ¿Ya lo han operado?

Alicia recordó que el médico que operó a Brown, le dijo que si necesitaba cualquier cosa estaría en aquel pasillo de enfrente. Como no sabía, ni podía decirles a unos padres que su hijo no había superado la operación, les pidió que la acompañaran al lugar donde debía estar el médico. Él, mejor que ella, podría contarles qué había pasado con Brown. En cuanto vio al médico, Alicia le informó de que se trataba de los padres de Jesús López. El doctor fue muy amable y estuvo durante mucho tiempo hablando con los dos. Por momentos, la madre se desvanecía, pero al instante recobraba el sentido. Su capacidad de supervivencia se estaba encargando de alejarla por escasos segundos de tanto dolor. Nadie podía

asumir que Brown, con apenas veintitrés años recién cumplidos ya no estuviera entre ellos. Alicia se mantuvo en un rincón sin hablar, ayudada por María y Daniel. Al cabo de un tiempo, que nunca sabrá Alicia cuánto fue, los padres de Brown se acercaron a ella para decirle unas palabras:

—Gracias, Alicia, por haber querido a nuestro hijo y por haber estado a su lado. Por habernos avisado y por haberte encargado de todo mientras nosotros llegábamos.

—Lo siento muchísimo —les contestó ella. Miró primero al padre, y luego a la madre, sobre quien lloró durante un buen rato. Las dos lloraron abrazadas hasta que desde el hospital se les avisó de la necesidad de tener que tomar decisiones con respecto a Brown. Alicia abrió su bolso y les entregó la cartera y el teléfono de su hijo. En ese momento les contó como Brown volvía a la tienda porque se los había dejado olvidados. Pero no llegó a entrar.

A LA MAÑANA SIGUIENTE

María se quedó a dormir con Alicia. Pasaron la noche hablando de Brown. De cómo era, de lo que quería hacer, de lo mucho que sabía hacer sentir bien a la gente. Les vino bien hablar. María permaneció despierta toda la noche. En cambio, Alicia consiguió dormirse en dos ocasiones y, según ella, en sueños pudo hablar con Ryan.

Sobre las siete y media se sirvieron otra taza de café. Sentadas en la mesa de la cocina, Alicia le dijo a María:

«Me voy. Íbamos a ir Ryan y yo, pero voy a ir igual. Iré yo sola y lo haré por él. Por él y por mí. Antes del accidente estuvimos de acuerdo en que nos vendría bien un cambio de aires. Alejarnos de todo por un tiempo y tomar distancia para conseguir ver las cosas mejor. Creo que me vendrá bien. Al menos lo necesito. Si no me volveré loca recordando».

—Irte... ¿ahora? —Preguntaba María extrañada— Necesitas un tiempo. Descansar y cuidarte. Yo puedo venir a verte todos los días y haremos cosas. Lo que tú quieras. Pero no me parece buena idea que te vayas ahora a ningún sitio y mucho menos lejos de nosotros.

—María, lo siento. Pero tengo que hacerlo. Es lo que necesito, alejarme de todo.

—¿De Fabrice?

—Fabrice ya no pinta nada en mi vida. Nada de lo que yo pueda hacer tendrá nunca algo que ver con él. Quien está muerto de verdad es Fabrice.

—No seas tan dura, Alicia. Me duele escucharte hablar así.

—El año pasado Ryan se presentó al campeonato nacional de coctelería y quedó segundo. Se estaba preparando para poder ganar la próxima edición. Su nuevo cóctel tendría un nuevo ingrediente, el azafrán. Cuando fuimos a comprarlo descubrimos un lugar en Grecia donde lo cultivan y a los dos nos encantó la idea de ir allí. Allí es donde quiero ir.

—Alicia, allí es donde quería ir Brown. No tú.

—María, yo ahora mismo quiero hacer lo que haría si estuviera Ryan. No te pido que lo entiendas. Sé que debe sonar raro, pero voy a hacerlo.

—No tienes que darme más explicaciones. Lo siento. Me acabo de dar cuenta de que no sé cómo te sientes. Si necesitas hacerlo, si necesitas ir a ese lugar, supongo que tienes que ir.

—No te preocupes. Ni siquiera yo sé cómo me siento. ¿Sabes qué? Me he perdido. Llevo toda mi vida pensando que vivir era hacer lo que debía y ayer descubrí que no tengo ni idea de lo que es vivir. Que no sé si alguna vez he vivido. Ahora quiero vivir.

María lloró como pocas veces había llorado. Se había dado cuenta de que su vida era mucho más fácil de lo que ella se empeñaba en creer.

—¿Y cuándo te irás? —preguntó María.

—En cuanto pueda. Primero llamaré a mi madre para decirle, no sé bien cómo que me marcho un tiempo.

—Tu madre no lo entenderá.

—Lo sé. Pero tendrá que entenderlo.

—¿Me dejarás llevarte al aeropuerto?

—Tendrás que llevarme.

Alicia sonrió, y María supo reír aunque no le apeteciera.

—Entonces, ¿cuándo lo tengas todo claro me llamarás?

—Como me salte el buzón me voy en taxi.

—Tienes razón. Maldito buzón. Ahora mismo lo quito. Estaré esperando tu llamada. Llámame, por favor. No te vayas sin despedirte de mí.

—Te llamaré.

—No te entiendo, pero te quiero. No lo olvides.

—Y yo a ti. Gracias, amiga. Voy a llamar a mi madre.

María se despidió de Alicia. Y por primera vez consiguió bajar los cinco pisos que la separaban del portal sin quejarse.

Esta mientras tanto telefoneaba a su madre. Sabía que no iba a ser fácil. Su madre nunca entendería lo que le estaba pasando. Cuando logró hablar con ella le dijo que iría a comer. Se duchó, se peinó y cogió el coche. Pasó por la dichosa autovía que tenía que atravesar para llegar a casa de su madre. Pero esta vez sonrió. Quizá su padre solo estaba viviendo su vida a su manera. Si su manera era una mujer que no era su madre, al menos era su manera.

En cuanto llegó vio a su madre en la puerta. Nerviosa, agitada, triste, aturdida... No iba a ser fácil. Nada más ver el Opel Corsa de su hija se acercó.

—Hija, aparca aquí. El hijo de la vecina no está y ya nadie aparca.

—Mamá, ahí no cabe el coche. No te preocupes. Daré una vuelta y encontraré un sitio.

—Pero hija... sí cabe. Conduce marcha atrás y verás como sí cabe. El hijo de Rosaura siempre aparca así.

—Mamá, por favor. No se puede aparcar ahí. Déjalo ya.

—Bueno, no te enfades. Haz lo que quieras. Yo te espero dentro.

Alicia dejó el coche y entró en la que había sido su casa tantos años. Todo seguía en su sitio. La figura horrenda del payaso sobre la mesita de la entrada. El abanico colgado junto al cuadro del labrador. El paraguero de porcelana... Hoy todo le parecía más grotesco y extravagante.

—Entra hija. No te quedes ahí que parece que no sepas dónde estás.

GRECIA

I

La habitación es sobria. Las paredes están cubiertas por un papel de color beis que confiere un aspecto sombrío y poco evocador. La cama es muy estrecha y cuenta con la única compañía de una mesita de noche sobre la que se sostiene, a duras penas, una vieja lámpara de hierros forjados, entrelazados unos con otros tratando de formar una estrella.

Aquí entre estas cuatro paredes reina la tristeza. Y esta habitación que no ayuda... Estoy sola, deliberadamente sola. Lo echo de menos. Me acompaña una maleta de ruedas torpes, desequilibrada y medio vacía, pero sobre todo, me acompaña una sensación de abandono que me invade todo el cuerpo, nunca antes me había sentido así. Esto no me gusta.

Pasan los días y mi ánimo no mejora. Me cuesta horrores sonreír a la gente de aquí y la verdad es que están siendo muy acogedores. Son personas sencillas que dedican su existencia al trabajo y a sus obligaciones. A cada gesto me demuestran cercanía y una hospitalidad muy propia, muy suya, que tengo la necesidad de devolver, pero me cuesta sonreír. Viven sus días con prisa por terminar el trabajo, pero saben detenerse a escuchar y a reconfortar al que lo necesita. Me siento muy agradecida y en deuda. Les debo una sonrisa porque son muchas las que ellos me han dedicado.

Lo que más me ha impresionado desde que llegué es su capacidad de dar a cada cosa la importancia que tiene y su sentido de la familia.

Ayer me invitaron a un plato típico de los de aquí. Comimos unas espinacas envueltas en pasta que estaban realmente deliciosas. El abuelo me contó que era muy común allí el recurso gastronómico de envolver los alimentos con pasta.

Entre todos los platos que vi sobre la gran mesa rústica que ocupaba casi por completo la sala de estar me llamó la atención un bol de ensalada con tomate, pepino, cebolla, pimiento, aceitunas y queso feta, aliñado con aceite de oliva y orégano.

El señor Spiropoulos me dijo el nombre en griego, pero no logré entenderlo bien y no me pareció correcto entretenerlo más mientras comía. Bastante servicial y atento estaba siendo conmigo, que no dejaba de ser una completa desconocida que, de manera abrupta, y algo casual había llegado hace dos días a hospedarse en su casa.

Me invitaron a su casa y me dieron cobijo. Me hacían sentir bien y cómoda. No sé por qué habían confiado en mí. Tiempo después, y por boca de la nieta, supe que mi mirada y mis maneras torpes e indecisas les habían conmovido y, que mi historia, no les era desconocida.

Cada día que pasaba con ellos parecía una nueva oportunidad. No me juzgaban, ni siquiera esperaban nada por mi parte. Con su ayuda y la distancia que había entre mi azaroso destino y cualquier recuerdo de mi pasado, debía ser cuestión de tiempo que las piezas encajasen de nuevo, y quizás mi sonrisa estuviera más cerca de lo que en esos momentos pensaba. Sólo eso anhelaba, sonreír. Pero no por cortesía o como respuesta disimulada, sino por placer y de forma natural.

No iba a ser fácil volver a reír. Me faltaba Ryan. Lo echaba tanto de menos... Quizás María tuviera razón, y venir aquí no había sido una buena idea. Parece mentira que todo sucediera así. Las mentiras y promesas del falso Fabrice me ayudaban a armarme de rencor y ganas de seguir adelante. Sentía que se lo debía a Ryan. Llorar por Fabrice era faltarle a mi amigo. Mis lágrimas eran para quien tanto me hizo reír, y mi odio, para quien me hizo llorar. Todas las noches soñaba con él, con sus locuras, con su forma de vivir. Echarlo de menos dolía. Estaba claro, lo llevaba conmigo allá donde fuera. Por muy lejos que me marchara, el corazón seguía a lo suyo.

II

A las seis de la mañana se levantan los Spiropoulos con los huesos y músculos todavía cansados del día anterior. La jornada para ellos empieza mientras el sol debe estar todavía bostezando y preparándose unas tostadas en lo que se decide a asomar para dar luz y calor. Hoy parece un día de poco tueste, no creo que el sol hoy pegue muy fuerte, y eso no sé si tiene contenta o preocupada a la familia.

Se van sentando cada uno en la mesa tras pasar antes por el único baño que hay en toda la casa para vaciar la vejiga y el continente de sus estómagos. Cada uno tiene su ritmo y su velocidad.

El primero en sentarse a desayunar es Conrado, el nieto del señor Ulises. Conrado tiene veintiséis años. No es muy alto. Tiene las manos grandes y las puntas de los dedos y uñas algo ennegrecidas por el trabajo. Su cuerpo está forjado a base de faenar en el campo. No imagino a Conrado en un gimnasio, ni falta que le hace. Sus brazos son fuertes, muy bronceados, de bíceps prominentes, donde se le marcan algunas venas cada vez que agarra algo y eso denota una fortaleza en él que cualquier adicto a los anabolizantes envidiaría.

Su pelo es negro y lacio. Largo y grueso. De gran volumen. Su cara es de facciones duras y sus ojos son del azul del mar. Su mirada es limpia y cálida. Mira a los ojos cuando habla. Eso me gusta. Las chicas de la zona están pendientes de Conrado Spiropoulos y celan a cualquier mujer que ose acercarse a su vecino.

Todas las solteras del lugar lo miran con ganas, le ponen ojitos y sonrían con descaro. Él trata de disimular y finge no darse cuenta de las invitaciones que le lanzan con miradas perversas. Insinuaciones al lecho que no cesan. Es muy amable, siempre dispuesto a ayudar a todos. Debe haberlo heredado del abuelo Ulises.

El segundo en aparecer en la mesa es mi abuelo griego. Me siento muy bien a su lado. Me hace sentir una Spiropoulos. Las personas mayores encuentran en la compañía un verdadero tesoro que en la juventud no se valora igual. Me cede su silla para que me siente a su lado mientras le dirige unas palabras a su nieto:

—Conrado, tienes que enseñarle a Alicia las cosas de aquí. En cuanto acabemos la campaña del azafrán tienes que mostrarle todo lo bueno que hay en Kozáni y más allá de estas lindes —Insiste a su nieto que está recogiendo la estera sobre la que la noche anterior desbriznaban las hebras del azafrán.

Conrado despliega sobre la mesa un mantel de lino blanco con algunas manchas que no parecen preocupar a nadie. Tampoco a mí. Sobre el mantel, abuelo y nieto se afanan en colocar con esmero el desayuno. Pan tostado con aceite de oliva, mantequilla, yogures, miel, frutos seco y café servido en pequeñas tazas desprovistas de asa, que recuerdan al saque japonés.

Con la mesa lista y preparada para el desayuno, asoman y toman asiento, Olimpia y Ofelia. Ofelia es la madre de los dos jóvenes Spiropoulos y la hija de Ulises. Lleva años padeciendo una enfermedad que deforma y destruye las articulaciones de sus manos y pies. Padece artritis reumatoide y los síntomas se aprecian a simple vista. Agarrotamiento y rigidez de sus dedos montados unos sobre otros incapaces de moverse con libertad. Sin llegar a los cincuenta años de edad se encuentra atrapada en un cuerpo invalidante para desarrollar las labores más sencillas. O esas que pensamos son las más sencillas. Si tuviera que elegir una palabra para definirla, esta sin duda es dignidad.

Olimpia se encarga de peinarla, asearla y hacer todo aquello que a su madre cada día que pasa le cuesta más. Ambas son mujeres afectuosas y muy generosas. Las dos llevan el mismo peinado, una

melenas cortas y con rizos que se arreglan en casa cada noche con unos rulos de goma bastante usados.

Recuerdo la conversación con Olimpia de hace dos noches:

«De haber nacido en otro sitio hubiera sido peluquera. Pero, claro... aquí no es fácil. Me topé con la enfermedad de mi madre. No creas que me cuesta ayudarla, al contrario. Me gusta cuidar de ella. Aunque alguna vez sueño con tener una vida más allá de estas cuatro paredes y este lugar. Solo hemos salido de aquí en una ocasión en la que el abuelo nos llevó a toda la familia a Santorini».

Olimpia tiene veintitrés años. Es más alta que su hermano, corpulenta y luce una figura de proporciones perfectas. Es grande y voluminosa. Su estructura está muy bien hecha. Pechos grandes y redondos, caderas pronunciadas y piernas muy largas. No atisbo rastro de grasa en su macizo cuerpo, que remarca con un cinturón negro de organza, protagonista de su estrecha cintura. Tiene un aire a Brigitte Bardot y sabe sacarse partido. El abuelo Ulises se encarga de que ningún joven atrevido se propase con su nieta, y su hermano Conrado vigila a los muchachos que se acercan a su hermana. Tiene dos guardaespaldas, que ni quiere, ni necesita. Ella se ríe. Todo el día mantiene una sonrisa en su redonda y blanca cara. La porcelana sujeta sus ojos, su nariz respingona y sus gruesos labios.

De entre todas las familias de la zona, he ido a parar a la más deseada. Yo me siento muy bien con ellos. Su hospitalidad y calidez son su estandarte. Desde el primer instante en que asomé mis narices por la ventana de la cocina que da al patio trasero, justo enfrente de la parada del autobús que me trajo, no he hecho otra cosa que cogerles cariño y sentirme bien. Me hacen sentir bien.

El desayuno está listo. Los comensales en la mesa y dispuestos a engullir. Se trata de coger energía para salir al campo antes de que caigan los primeros rayos del sol sobre las flores del azafrán. Si les llega el calor, la flor se abre y entonces el polen se mezcla con las hebras perdiendo calidad. El abuelo Ulises me está convirtiendo en una experta azafranera. Hoy me voy a unir a la cuadrilla. Saldré con ellos a recoger las rosas del azafrán.

Es una mañana fría. Debe haber unos seis o siete grados. Cielo encapotado, pero sin amenaza de lluvia.

Conrado es el primero en terminar y levantarse de la mesa. Se dirige a la cocina para cargar con unas cestas y algunas provisiones con que mitigar la faena que aguarda en el campo. Unas bolas de carne, empanadillas, queso feta y muchas botellas de agua. Las va cargando en el furgón.

Tras meter en su Ford Transit las viandas para la mañana, recoge y apila un montón de cestas que luego repartirá entre los jornaleros de la cuadrilla. Servirán para dejar en ellas las rosas que vayamos arrancando.

Ayer les acompañé a uno de los campos de azafrán y vi cómo las cogían.

La cosecha es una labor sufrida y muy delicada. La rosa se corta con la uña del dedo pulgar presionando sobre el índice. Se van depositando en las cestas que cada uno porta consigo. Hay que tener cuidado para que no se apelmacen y se compriman lo menos posible.

Cada miembro de la cuadrilla se coge un hilo del azafranal. Entre las piernas queda un sembrado y a cada lado de la mano, dos más. Con la espalda doblada avanzan en un silencio casi sepulcral mientras desbriznan la rosa del hierbajo. Apenas hay parones, los únicos son para estirar el espinazo.

Conrado silba. Es su señal para dar a entender que el furgón está listo para ir a trabajar.

Olimpia todavía con la boca llena y con la energía que le es propia, se levanta, recoge los restos del desayuno y mientras acaricia la mejilla de su madre le da un cálido beso en la frente.

—Volveremos sobre las doce, mamá, no tienes que hacer nada. —Y tú, abuelo —se dirige a Ulises

con una media sonrisa en la cara— recuerda que a las nueve vendrá la tía Helena para llevar a mamá a su revisión.

Los Spiropoulos y yo nos metemos en la furgoneta. Olimpia me hace sitio en la parte delantera retirando a un lado unos sacos y una estera bastante vieja, que parecen ser los acompañantes o copilotos de su hermano. Conrado conduce y yo me he quedado algo apretujada entre los sacos, la estera y el cuerpo de Olimpia, mientras me clavo la palanca de cambios en la rodilla. Vista desde fuera parecía una camioneta enorme. Dentro, el espacio, aunque mucho mayor que el de cualquier coche, se me antoja un poco pequeño y cargante. No deben haber limpiado por aquí en mucho tiempo, me digo a mí misma.

La mañana empieza y estoy preparada para trabajar. Espero serles de ayuda y no un estorbo al que tengan que estar enseñando y guiando a cada paso. No parece difícil, pero tampoco fácil. Suelo aprender rápido y me motiva poder formar parte de lo que para ellos es la época más importante del año.

Trabajaré y trataré de devolverles la hospitalidad y el trato tan cordial que me está brindando toda la familia desde mi llegada.

Desde la luna delantera de la vieja Ford Transit veo a una decena de hombres y mujeres agazapados en la puerta de un bar al final de la calle. Es una mañana fría de mediados de octubre. Van todos forrados en ropa impermeable y con las manos al descubierto que se frotan tratando de entrar en calor, un calor que será difícil encontrar en una mañana como esta. Todos hablan entre ellos. De repente, Conrado aprieta el claxon tres veces: una, dos y tres... Parece haber quedado claro que hemos llegado. Unos levantan la mirada y sonrían al vernos, otros siguen charlando y a lo suyo.

Conrado baja de su asiento y tras dar los buenos días, se dirige a la parte de atrás del furgón desde donde abre la puerta y van entrando todos de uno en uno. Veo que se colocan como pueden y ahora me siento una privilegiada aquí delante, donde antes me sentía una sardina atrapada en una lata, ahora soy un delfín en medio del océano. A veces hace falta comparar situaciones para dar a las cosas el valor real que tienen, porque si no nos acomodamos y todo nos resulta malo o insuficiente.

Estoy viendo los mismos campos plateados que me deslumbraron cuando llegué por primera vez a Kozáni en el último autobús que salía ese día en dirección a Atenas.

Estaba triste y sin ganas de nada. Pero lo vi. Vi el paisaje más bonito que jamás hubieran visto mis ojos. Todas las flores juntas formaban un conjunto armonioso y pletórico, que teñía los campos de púrpura y algo volvió a pellizcar mi alma. La viveza de esos terrenos me impactó. Volví a sentir que era posible continuar y, sobre todo, que debía continuar. La vida asomaba de nuevo ante mis ojos. Me sentí fascinada. Completamente fascinada y seducida por ese horizonte púrpura.

Allí estaba. Solo habían pasado unos días desde que llegué, pero parecían una década. Algo cambiaba en mí y no me disgustaba. Al contrario. Me hacía más fuerte. Así me sentía. Fuerte. Fuerte y dispuesta a vivir los días a cada segundo sin detenerme a planificar futuros inciertos que solo me robaban tiempo. Me deshacía de agendas, de calendarios y de rituales de obediencia. Por una vez iba a vivir el día sin importarme el mañana. En esa fatua mentira del que espera el mañana pensando que se puede planificar ya había caído una vez y no era mi intención repetir el error más grande de mi vida. Me faltó vivir.

Al llegar a la casa de los Spiropoulos, el abuelo Ulises salió a recibirnos.

—¿Qué tal se ha dado la mañana, habéis traído muchas libras? —preguntaba con la mirada ilusionada.

—Poco, abuelo, poco. No era hoy el día del manto —respondió Conrado.

El día del manto el suelo revienta y de él brotan miles de flores de color lila. Yo llegué un día del manto donde los rojizos campos griegos se tornaron violeta.

Cada octubre alrededor de Kozáni los campos adquieren una tonalidad violácea gracias al *Crocus Sativus*, la planta del azafrán. El color exacto lo determina la mirada de cada cual, en consonancia con el modo en que llegue la luz a los campos. A mí me parecieron plateados. Una plata que me supo a diamante en caramelo.

—Alicia, tienes una carta. La acaban de traer y la he dejado sobre la mesa de tu habitación — gritaba ilusionada Olimpia.

A Alicia se le aceleró el corazón. Pensó que esa carta era del pasado que ella quería dejar donde el pasado ha de quedar, en un rincón del alma. Esa carta asomaba su pasado al presente, la obligaba a reencontrarse con lo dejado en un rincón de su ser, con España, con Sevilla,... ¿De quién sería la misiva? Las opciones eran muchas y todas volteaban su corazón arrancándole una paz que había cosido entre retales de muerte, fracaso y desilusión. Una paz endeble con pespuntos apresurados por cerrar heridas que necesitaban que el tiempo pasara por ellas.

—Déjalo ahí. Déjalo ahí y no lo toques. El futuro no es mío, pero el pasado sí y no lo quiero sentir de nuevo. Déjalo ahí, por favor, Olympia, déjalo ahí.

—Has de abrirla, Alicia. No puedes pasar tu vida entera huyendo. El presente con nosotros que te sirva de refugio, pero tu vida no es solo presente.

Olympia salió de la habitación y la dejó sola. Alicia junto a un sobre que parecía contener al mismo demonio por el miedo y recelo con que ella lo observaba. Los latidos del corazón se adelantan a los hechos y puede que sepan antes que nosotros lo que va a pasar.

Alicia cogió entre sus manos el sobre de color verde pálido y con un sello de España. Sin remitente, pero con dueño. Sin señas, pero con indicaciones, todo apuntaba a que contenía más de lo que Alicia quería en ese momento.

«Alicia, te quiero. Lo siento. Fui un imbécil. Nunca supe ser otra cosa. Pero por ti quiero ser lo que tú esperas de mí. Lo voy a ser. Te quiero en mi vida. Vuelve, por favor. Déjame volver a mirarme en tus ojos y sentir que todo va a estar bien.

Fabrice.»

Se deslizan lágrimas por su cara que tienen tanto de sal como de azúcar. Ruedan las gotas del amor por sus mejillas. Acerca el papel a su pecho y suspira intentando respirar. Sin querer se ha enamorado. Quizás de quien no debía, pero el corazón siempre va a lo suyo y no atiende a las razones de la mente por muy lúcida que esta sea.

Se enamoró Alicia Maldonado Milán. Ella es el titular. Enamorada y extasiada por su miedo a sentir. Difícil situación.

¡Por qué! ¡Por qué a mí! No quiero querer. Y no te voy a querer. No quiero ser quien espera a través de una ventana. Quiero gobernar mi vida. No me fío del corazón. Sí, lo quiero, ¿pero a qué precio? Yo no quería amar. No quería. Solo quería ser feliz, pero este que late me lo ha prohibido. Maldito seas corazón. Ni aunque huya. Nada te sirve, tú siempre a lo tuyo, a sentir. ¿¡Qué no ves que no quiero sentir!?

¿Qué no ves que no sé querer sin que me cueste la vida?

Lo quiero, claro que lo quiero, pero no quiero quererlo. ¿Ahora qué? ¿Cómo se vive sintiendo que

necesitas a una persona a tu lado para que todo esté bien? ¿Y no podías haber latido por un hombre normal? ¡No! ¡Fabrice Dumont! ¿Y ahora qué hago yo? De los ojos pasó a mi corazón y desde ahí se coló en mi alma. Pero no en un rincón cualquiera, no. En toda mi alma. No sé lo que voy a hacer. ¿Ahora a dónde huyo? Si lo tengo en el alma...

Soy cobarde. Los valientes se atreven a intentarlo. Soy una cobarde. Yo que me tenía por valiente. ¡Valiente cobarde soy! En cuanto termine la cosecha me voy y me escondo en un lugar donde nadie me vea. Esta vez no diré a nadie dónde voy. Ni a mi madre. Huir es de cobardes, sí, pero también de precavidos. ¡Cómo me voy a lanzar a los brazos de ese hombre! Lo deseo. Lo deseo tanto que me estoy volviendo loca.

Alicia anduvo cabizbaja y muy callada los últimos días de cosecha. Peleando continuamente con su corazón. Buscando excusas. Justificando su preparada huida planeada para el mismo día en que cumplía un año más. Iba a celebrar su cumpleaños huyendo de nuevo. Esta vez había reconocido ante todos que se iba por miedo a que el amor de su vida la encontrara. Conrado recibió esas palabras con dolor, él también se había enamorado de Alicia.

TRES DE NOVIEMBRE

Termina hoy la cosecha del azafrán. Todos los años la familia Spiropoulos celebra el final de la campaña junto al resto de los vecinos. Este año hay una persona más. Además de Alicia alguien más ha llegado a Kozáni. Ha pasado desapercibido todo el día.

—Alicia, sabes que te voy a echar mucho de menos, ¿verdad? —dice Olympia mientras le entrega un regalo. Has sido una amiga y ya eres mi hermana española. Quiero que sepas que puedes contar conmigo. Espero que esto no sea una despedida sino un hasta pronto.

Olympia se emociona. Son muchas las confidencias que han compartido. Las unen secretos que saben la una de la otra y que hasta que no se conocieron, no habían compartido con nadie.

—No quiero que te vayas, pero sé que necesitas hacerlo —le susurra Conrado al oído a Alicia— Vuelve cuando quieras, y quiera como sea que vuelvas, siempre serás bienvenida a esta casa. Cuídate mucho. Haz lo que necesites y sé quien quieras ser. Vive, siente y si puedes, vuelve.

Conrado sale de casa emocionado. Necesita sentir el roce del aire. A lo lejos vislumbra una silueta de un hombre que no reconoce. Acerca sus pasos hacia él. Observa que camina con la mirada entre el suelo y el horizonte. Parece alguien perdido que busca algo.

Ha venido a buscarla —se dice a sí mismo Conrado—. Es él. Ese es Fabrice. Estoy seguro. Ese hombre es Fabrice Dumont.

Alicia sale de la casa tras los pasos de Conrado sin saber lo que le aguarda más allá de esa puerta. Sus pies buscan a Conrado, pero sus ojos acaban de encontrarse con Fabrice.

— ¿¡Pero... qué haces aquí!? —pregunta asombrada y confusa Alicia.

—He venido a desearte un feliz cumpleaños y también necesito hablar contigo de nosotros —dice Fabrice con más ganas que acierto en sus palabras.

—Nosotros... ¿¡Quiénes!?! ¿Existe un nosotros?, ¿desde cuándo?

—Alicia, vamos a hablar. No he venido a discutir contigo —replica Fabrice.

—Ah, ¿no? ¿Qué pasa? Te aburrías y has dicho: voy a ver a esta tonta, me subo en mi jet privado y me doy una vuelta por Grecia. Deberías gastar tu dinero en causas humanitarias. ¿Recuerdas la moto que me vendiste con lo implicado que estabas con estos temas? ¡Mentira también! Me mentiste en todo. Y ahora apareces aquí en un alarde de supuesta hombría decimonónica a lomos de tu avión, porque el cuento ha cambiado un poco... ¿y te crees que con un beso me despiertas de mi letargo de princesita desvalida? ¡Pues estás muy lejos de mi realidad, querido! Yo solo quiero que te largues por donde sea que hayas venido. ¡Vete! ¿A qué esperas? Vete, márchate con tus amantes y tus negocios. Déjame vivir con la tranquilidad de saber que no te vuelves a cruzar en mi camino. Ya te lo dije hace poco que no quería volver a verte. Pero a ti te da igual, no te importa la voluntad de los demás, estás demasiado

acostumbrado a que se acaten tus órdenes, pero yo ya ni siquiera trabajo para ti. Me fui, hui de ti y de cualquier cosa que tuviera relación contigo, y aun así tienes las narices de plantarte aquí. ¿Te ibas a meter en la casa de estas personas que me han dado un hogar después de tu paso por mi vida!? ¡Maldito sea el día en que te conocí y maldito seas tú! Vete. Lárgate. Déjame vivir. Quiero recuperar mi vida y para ello la muerte ha de estar lejos de mí. Tú eres muerte. Matas al amor.

—Alicia, te lo ruego. Escúchame por favor y te prometo que me marcho —Fabrice la interrumpió con la voz quebrada por tantos reproches y sobre todo por haber sido testigo de la frialdad que contenía Alicia en su mirada desafiante y perdida en el rencor— Han detenido a la persona que atropelló a tu amigo Jesús, a Ryan. La policía ha citado a declarar a todos los que estuvimos ese día con él. Yo estuve ayer en la comisaría. El chico de la tienda también. Faltas tú.

—¿Ya se sabe quién lo atropelló?

—Fue un menor de edad que conducía un coche robado. Se le acusa de varios delitos. Se sabe quién fue pero está en paradero desconocido. Debió fugarse tras el accidente. La policía lo busca y nuestra declaración es importante. Cualquier cosa que recuerdes les servirá.

—Entonces tengo que revivirlo todo. ¿He de verbalizar lo ocurrido...?

Las estrellas que alumbraban el cielo se partieron de repente y fueron a parar a los ojos de Alicia. Volvió el brillo a su mirada, pero lleno de lágrimas y dolor. Sintió una repentina falta de oxígeno. Su tez se tornó violeta. La noticia la había superado. Una sensación de vértigo y agonía sacudía súbitamente su escasa consciencia. Un reguero de frío algo distraído se adueñó de su espina dorsal y un escalofrío la recorrió por entero. En cuestión de segundos se desmayó. Fabrice la atendió. Demasiado para el cuerpo de Alicia quien venía presentando síntomas de agotamiento extremo desde el último mes.

Los vecinos salieron de sus casas al escuchar el tumulto creado alrededor de los jóvenes. Conrado se dirigió hacia el cuerpo inconsciente de Alicia que sostenía el recién aterrizado francés. Sin mediar palabra con este, la cargó entre sus brazos y emprendió el recorrido que los separaba del centro médico. La determinación con que marcaba sus pasos respondía a la rabia que sentía. Él se había convencido de que Alicia tenía un carácter templado, difícil de alterar. Una mujer racional con un temperamento sosegado, pensó de ella al conocerla. Pero no. Acababa de conocer al dueño de su pasión. El hombre que convertía a la sevillana en un torrente de pasión. El joven Spiropoulos caminaba rápido y preso por los celos. La mujer de la que se había enamorado arrastraba un pasado que seguía en el presente. Él lo había presenciado. La miraba y pensaba cómo una mujer tan inteligente podía haberse enamorado de un imbécil tan grande. Cuando apenas quedaban unos metros para llegar a su destino, Alicia abrió los ojos.

—Fabrice... —susurraba ella.

Una joven desarmada a la que sujetaba con todas sus fuerzas acababa de asestarle una puñalada certera en el rincón más profundo del que brotan los sentimientos. El griego tragó saliva y continuó el camino.

Llegaron al ambulatorio donde la doctora de urgencias examinó a Alicia. Tras realizarle varias pruebas de diagnóstico estimó conveniente dejarla ingresada y en observación hasta la mañana siguiente.

El revuelo armado en el pueblo era considerable. Había quienes decían haber oído que Alicia

estaba embarazada del francés y de ahí la razón de su desmayo; otros tantos, se decantaban por el rumor maliciosamente alimentado de que Fabrice había agredido a la andaluza. Especularon y hablaron hasta que sus lenguas quedaron como las hojas del esparto.

Conrado pasó la noche al lado de Alicia, sentado a los pies de su cama. Allí compartían habitación con otros dos enfermos. Un niño y un señor mayor que se gastaba muy mala baba con el personal sanitario. El muchacho estaba acompañado por su madre quien se deshacía en mimos y caricias para su criatura. El señor de avanzada edad refunfuñaba entre dientes la mala calidad de la cama y del resto de enseres que tenía a su disposición: «Me vais a dejar la espalda molida» —espetaba sin mesura a las enfermeras y a los doctores de guardia. La española no entendía nada de lo que decían allí. Conrado se convirtió en su intérprete. Supo estar a su lado.

Mientras tanto, en el exterior del recinto, un desorientado Fabrice daba vueltas nervioso. Aguardaba con impaciencia la llegada de las ocho de la mañana, hora a la que le habían dicho que podría pasar a ver a Alicia.

«Todo lo hago mal. No debí haber venido. Soy lo peor. En cuanto me acerco a ella lo estropeo todo» mascullaba Fabrice.

A las ocho en punto de la mañana, absorto en sus pensamientos y desatinado en su comportamiento se presentó ante Alicia. Conrado lo invitó a abandonar la habitación del centro de salud, citándolo en su casa cuando la joven fuera dada de alta. En su tormento, Dumont tuvo a bien confiar en el discurso de Conrado y supo ver, dentro de lo poco que acertaba a discernir, que lo mejor para ella era dejarla un tiempo tranquila. El macetero de exterior que adornaba la salida del ambulatorio se llevó una patada de Fabrice. El mal humor y desazón invadían su interior. Lo golpeó con ira. La jardinera que tantas penurias naturales había resistido hasta ese día, lluvia, viento, tempestad... esa mañana se topó con un hombre perdido en su dolor. Fabrice era un amasijo de inquietudes enredadas incapaz de manejar la situación. Se preguntaba en qué momento se habría vuelto loco o si solo estaba enamorado. Nunca antes se había sentido tan torpe y desvalido. Tan inseguro y tan celoso. Estaba perdido en un lugar donde pareciera que nadie quisiera encontrarlo.

Anduvo cabizbajo y reflexivo contando sus propios pasos desde el centro de salud hasta el hogar de los Spiropoulos. Contó mil seis cientos cuarenta y nueve pasos. A cada pisada, mayor era su frustración y su deseo de apartar a Alicia de Conrado. Su mente hacía horas que los había visto besarse y procurarse todo tipo de caricias.

En cuanto estuvo ante la puerta de la casa donde aquélla se encontraba, propinó dos golpes con el dorso de su mano.

—Pasa. Dame tu abrigo, por favor —le dijo Conrado, quien al primer golpe en la puerta de aquel ya se había puesto en pie.

—Gracias, ¿dónde está Alicia? —preguntó con un semblante amable y una calidez improvisada por la necesidad.

—Alicia está acostada. Comparte habitación con mi hermana y ahora mismo están las dos allí. Me acercaré para que sepa que has llegado.

Lo acompañó hasta el salón donde se encontraba Ulises. El abuelo se limitó a observar y pedirle que tomara asiento. Había algo en él que no le gustaba.

En cuanto Alicia supo que Fabrice estaba en el salón, se incorporó y fue a recibirlo.

—Hola, Fabrice.

—Hola, ¿cómo te encuentras? Te veo mucho mejor.

—Bueno, eso es decir demasiado, ¿no te parece Alicia? —interrumpió el abuelo.

—Tiene usted razón, no termino de estar bien —respondió esta.

—Bueno, al menos estás en casa. ¿La casa es suya? —preguntó Fabrice señalando al señor Ulises.

—No. Esta casa es de mis nietos. De Conrado y de Olympia.

—Fabrice, ¿has venido a Kozáni a ver a Alicia o vas a dedicarte a la cosecha del azafrán? —preguntó el abuelo con una ironía algo forzada y desgano por tratar de conversar con una persona a la que no deseaba cerca de su familia. Se notaba su deseo por apartar al francés de Alicia y acercarla a su nieto.

—He venido a verla. Si ella quiere volveremos juntos a España.

—Entonces tu partida, Alicia, ¿era por este joven? —preguntó el abuelo.

—No, abuelo. No es por nadie. No sabía que él fuera a venir. Mi tren de esta tarde no se dirigía a España. Allí no tengo pensado volver en una temporada.

—¿Te ibas hoy, Alicia? —preguntó sorprendido Fabrice.

—Sí, me iba hoy. Pero no voy a poder. No tengo fuerzas.

—Claro que no, muchacha —intervino de nuevo el señor Ulises— Tú has de reponerte. Te esforzaste mucho trabajando en el campo y en esta casa. Es normal que estés molida. Todos los que tenemos las manos marcadas por el trabajo lo estamos.

Fabrice sintió el primer ataque sin guantes sobre su ego. No contestó. Su sonrisa estaba fija en su cara. Aunque sus ojos no sonreían.

—Yo te llevo a donde quieras. He venido a por ti. Dime dónde quieres ir y te llevaré —le dijo Fabrice mirando de reojo al abuelo.

—¡Ejem! —Carraspeó Alicia con los ojos puestos en la puntera de sus zapatillas— no voy a ir a ningún sitio por el momento, si a vosotros —miró a Conrado y a su abuelo con la misma cara con que miran los niños con alas de Murillo— no os importa.

Conrado hizo un ejercicio de contención de los sentidos de una estoicidad heroica. Alicia se sentía muy querida y arropada en esa casa. Por vez primera sintió eso que se siente cuando llegas a un lugar con

techo y paredes y sabes que ya te puedes descalzar.

La parte menos alegre estaba ahora en el pensamiento y sobre la cara de Fabrice, quien a diferencia de Conrado manifestó en demasía su disconformidad con la decisión que había expresado Alicia.

—No te puedes quedar. Tu familia te estará esperando en Sevilla. Todas las aventuras tienen su fin. Has de volver a tu vida —habló el joven Dumont con el ceño fruncido y los movimientos de sus brazos y manos desacompañados por la rapidez que se traían.

—Sabes que te puedes quedar aquí. A todos nos encantaría tenerte por estos lares el tiempo que estimes conveniente —apostilló Conrado para suavizar el ambiente creado.

—Este no es tu lugar —espetó Fabrice. Mira esto —señaló sus manos cuarteadas por la humedad del trabajo en el campo— Tienes las manos destrozadas y estás enferma.

—Me gustan mis manos. Estas heridas efímeras son la cicatriz eterna para mi alma —sentenció Alicia.

—No sabes lo que dices. ¿Y tu carrera, y tu familia...? —refunfuñaba el francés en un intento desesperado por atraer de nuevo su atención.

—Mi familia me esperará. Por favor, haz tú lo mismo y deja que todo siga su curso.

Fabrice se levantó de la silla como si fuera una ráfaga del mismo Gregal y se fue hacia la puerta.

—¡Fabrice, para! —exclamó Alicia.

La casa quedó sumida en un silencio sepulcral. Todos deseaban pasar página, pero los modos del francés parecían indicar que ese libro tenía que quedar marcado en esa hoja.

—Muchacha —se dirigió el abuelo a Alicia— ese que acaba de salir por nuestra puerta, ni es hombre ni es de fiar.

Guarda siempre cuidado con ese hombre —le advirtió con gran preocupación en su rostro.

Alicia se sentía muy agobiada. Todos parecían saber qué era lo mejor para ella. No entendía cómo podían saberlo, si ni siquiera ella lo sabía. Se quedó varios minutos observando la puntera de su zapatilla.

Conrado fue el encargado de devolver los pensamientos de Alicia a otro lugar que no estuviera en la punta de sus zapatos.

No pudo evitar pasarse la noche en vela pensando si era conveniente volver a Sevilla o si quedarse en Kozáni era la decisión más correcta. No era ella mujer de huir de los problemas. Al contrario, siempre los había encarado con una gallardía impropia muchas veces para su edad. Lo suyo estaba claro. Su personalidad era tan fuerte que ante cualquier situación por difícil que esta fuera, en lugar de amedrentarse, salía a enfrentarla. Siempre que no tuviera que ver con las cosas del corazón. Esta vez la memoria, el corazón y la razón volvían a enmarañarse y hacerse un nudo en su estómago. ¿A quién de

ellos obedecería...?

En cuanto asomaron por el cristal de la ventana de mi habitación los primeros rayos de sol, comenzó a sonar el teléfono del salón. ¿Quién podía ser a esas horas?

Me levanté por si la llamada era importante. Al descolgar oí una voz afligida que hablaba con mucha dificultad. Era mi madre. Mi padre acababa de morir de un infarto tan inesperado como fulminante.

Mi madre me contó lo sucedido entre sollozos y culpas irracionales. Necesitaba que volviera a Sevilla lo antes posible para estar a su lado. La respiración acelerada y el vacío interior que sentía no lograron apoderarse de mí. Sin tiempo para ensayos ni para cometer errores volví a ser la persona lúcida y racional que mi padre sin saberlo había forjado. Él yacía entonces en el interior de una cámara frigorífica con una etiqueta colgando del dedo gordo del pie. Y yo sabía lo que tenía que hacer. Me quedé sentada, pensativa... Recordé ese día de mi octavo cumpleaños en que fui con mi padre al circo y un payaso me regaló un globo de helio con forma de corazón. Un globo que aún hoy conservo en la estantería de mi habitación. El gas perdió su poder y el corazón está tan arrugado que parece el garabato de un niño. No importa. Yo conozco su historia. Y lo más importante, sé por qué lo quiero.

Ryan, mi padre ha muerto. Mi madre me necesita y yo apenas me tengo de pie. ¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes?

Te echo tanto de menos. Recuerdo tu cara, tu pelo, tus ojos, tu voz, tus manos, tu piel... Vuelve por favor. Yo sola no puedo. Si tú no me das la mano no puedo seguir. Ryan, dime algo. No me estoy volviendo loca, pero dime algo por si acaso.

¿Cómo se entierra a un padre? No lo voy a volver a ver. Lo quiero. ¿Por qué se ha muerto? Primero tú, ahora él...

No puedo enterrarlo ¡Es mi padre! Estaré soñando y dentro de un rato me despertaré. ¿Y si no es un sueño? Necesito que alguien me saque de esta pesadilla. Ryan... ¿Tú me ves? ¿Puedes verme? ¿Qué es lo que tengo que hacer? No puedo seguir de pie, no quiero. Me rindo.

Alicia empezó a llorar. Decidió tumbarse en el suelo y permitirse sentir. Su cabeza estaba en blanco. El dolor y la angustia se habían apoderado de su cuerpo y de sus pensamientos.

¡Tú no, papá, tú no! ¡Ryan haz algo que es mi padre! No me gusta esta vida. Estoy harta de perder. Maldigo todo lo que tenga que ver con mentiras de cielos y mejores vidas. Mentira todo. Están muertos.

El cielo sigue azul, el sol está en lo alto. Las calles siguen llenas de gente que continúa. No se ha parado el mundo. Todo sigue igual. Como si nada hubiera pasado. Y eso me parece una broma macabra. Estoy rota. No puedo.

¿Papá, dónde estás? ¿Has visto a Ryan? ¿Y a la abuela? ¿Has visto a mi abuela? Dile que no pasa un día en que no piense en ella. Cuéntale que sí, que lo he conseguido, me he enamorado. No se lo va a creer. Su nieta enamorada. Palabras mayores. Búscala y ponte cerca de ella. Habla con Ryan, te vas a reír mucho con él. Me está gustando imaginarte tan bien rodeado. Papá, tu amigo Félix también está. Papá yo no puedo ir allí, no nos vamos a ver en mucho tiempo. Voy a vivir, ¿Vale?

Alicia comenzó a hacer su maleta con mucha prisa para llegar cuanto antes al lado de su madre. Iba a volver a Sevilla. Iba a permitirse sentir. A equivocarse. A perdonarse. Tenía muy claro a quién necesitaba a su lado en esos momentos. Su corazón ya podía latir por él sin tener que pedir perdón por ello.

Sacó del cajón de la mesita de noche su móvil y telefoneó a la persona que quería abrazar.

« ¿Fabrice? ¿Hola? ¿Me escuchas? Sí, soy yo. Esta tarde vuelvo a España. Espérame. No. No vengas a por mí. Necesito hacer ese viaje de vuelta sola. Esta mañana ha cambiado mi vida sin yo quererlo. Ahora me toca a mí. Tú no te muevas de allí. Cuando llegue te contaré quién soy. No en un día, ni en dos, tampoco creo que un mes sea suficiente. Quiero que conozcas a Alicia. Hasta esta tarde».

Colgó el teléfono y continuó preparando su equipaje. Recordaba cómo llegó. Parecía que hubiera pasado un siglo. Pero no. Dos meses separaban su presente del pasado al que seguía abrazada.

La familia se fue levantando. El primero en entrar al salón fue Conrado. Se levantó de la silla con lágrimas en los ojos que no quiso disimular. Se abrazó a él como se abraza cuando se tiene que seguir de pie, pero tus piernas no quieren. Grecia le dio la fuerza para seguir, no solo de pie, sino adelante. Allí había encontrado de nuevo el valor necesario para seguir viviendo.

Soy Alicia, Alicia Maldonado Milán. Y nunca supe bailar con la vida. Me topé con ella sin saber cuál era mi canción. He conocido el amor. Ese que sobrevive a la muerte. El que no entiende de rencores. El que nace de la libertad del sentimiento. Me ha costado reconocer que todo lo que soy es lo que veo cuando me mira. Que sus ojos son el único espejo que me importa.

Han pasado ya dos años desde que nació Ángel. Fabrice y yo pensamos primero en llamarle Ryan. No sé si el amor es ciego, pero un poco sordo sí, porque mi marido pronuncia bastante mal la erre. Tenía que ser francés... Al principio no me daba cuenta. El amor es hipoacúsico, pero la convivencia agudiza el oído. Y no, no puede con esa letra. Ryan siempre será mi ángel. El cielo sigue siendo de ese color que no sé bien si es azul o gris. Vivimos en Sevilla. Mi madre habla mucho más ahora con mi padre que cuando él vivía. Su novia, Svetlana resultó ser una mujer de las que a mí me gustan, de esas que saben querer de verdad y todavía llora su ausencia. Fabrice se apartó de los negocios y volvió a ejercer la Medicina. He

vivido mucho en muy poco tiempo. Me he permitido vivir. Mi vida no es de color de rosa, pero tampoco es un desastre. Soy feliz. Me cuesta aceptar que algunos no van a volver y necesitaba escribir en algún sitio que yo, Alicia, he tenido la suerte de conocerlos. Mi amiga María intentó hablar con Ryan. Trajo una ouija a casa. Ella no ha cambiado, pero yo tampoco. Solo me he atrevido a vivir. A veces me siento mal por haber podido seguir sin ellos y por ser feliz incluso sin su presencia. El día que nació mi hijo supe que ya no estaban conmigo porque sino Ryan habría vuelto para peinarlo y mi padre para adorarlo.

Table of Contents

LA FLOR

I

II

III

IV

V

I

II